

# La estela armada de Soalar. Valle del Baztán (Navarra)

PRIMITIVA BUENO RAMIREZ\*  
RODRIGO DE BALBIN BEHRMANN\*  
ROSA BARROSO BERMEJO\*

## INTRODUCCIÓN

La distribución de las grafías prehistóricas peninsulares que se aceptaba en los primeros años del siglo XX, pese a haber sido superada por la detección de enclaves en lugares muy alejados de la premisa original, ha ido definiendo una geografía que arrastra grandes lastres ideológicos.

Arte Paleolítico al norte, Arte Levantino al Levante y Arte Esquemático al Sur, conformaban la imagen gráfica y cultural de un territorio tan amplio y rico como el peninsular.

Aún hoy muchos autores son remisos a admitir la presencia de Arte Paleolítico en el interior y en el sur, o de Arte Levantino en enclaves francamente interiores, como Andalucía, Guadalajara o Toledo, por no hablar de la valoración del Arte Esquemático en el Norte: escaso, marginal y tardío.

El Area de Prehistoria de la Universidad de Alcalá de Henares ha venido dedicándose en los últimos años a desvincular esta geografía de la “preconcepción”, aplicada a las grafías prehistóricas, tanto en el ámbito del Paleolítico, como en secuencias posteriores (Bueno y Balbín, 2003).

Ello en relación con una evidencia innegable: el desarrollo de nuestro trabajo de campo en aquellas regiones supuestamente despobladas como la Meseta y los enclaves interiores del oeste, fundamentalmente Extremadura y Andalucía occidental. Incursiones en otras áreas del Cantábrico (Balbín, 1989; Bueno y Fernandez-Miranda, 1981; Bueno, 1983, 1991; Bueno et alii, 1985)

\* Area de Prehistoria. Universidad de Alcalá de Henares.

o Cataluña (Bueno y Balbín, 2000c), constituyen la base para una visión más amplia de las grafías esquemáticas norteñas.

La oportunidad que nos ha ofrecido el Gobierno de Navarra y el Ayuntamiento del Baztán de profundizar en el análisis del desarrollo y asentamiento de las grafías esquemáticas en el norte, viene a cerrar el círculo de las “marginalidades” gráficas, a favor de modelos más abiertos en los que la amplia interacción entre los distintos puntos geográficos de la Península Ibérica se dibuja como la más probable de las hipótesis para la interpretación de la Prehistoria peninsular.

Partimos de la base de que las grafías son una expresión supraestructural, no aleatoria que refleja ideología, sea ésta religiosa, social, económica o de cualquier otro tipo. Dado que las formas y las asociaciones de estas grafías son muy semejantes en toda la Europa del Sur desde el origen de las sociedades productoras, creemos factible proponer que constituyen un código simbólico reconocible para amplios espectros de población desde, cuando menos, el quinto milenio cal BC hasta el II milenio cal BC (Bueno y Balbín, 1998, 2000d y e.p.).

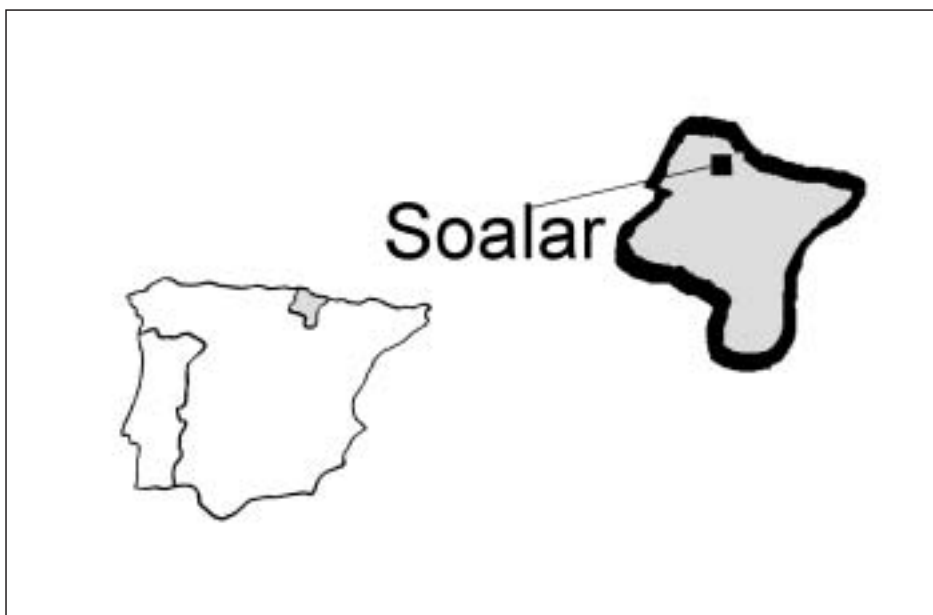


Figura 1. Situación del hallazgo de Soalar en la Península Ibérica

## ARTE ESQUEMÁTICO ENTRE LAS ESTRIBACIONES ORIENTALES DEL CANTÁBRICO Y LOS PIRINEOS

No podemos emprender un estudio como el de la estela de Soalar, sin hacer una mención, por mínima que sea, a la presencia de otras evidencias gráficas en el entorno geográfico próximo relacionables con en el Arte Esquemático peninsular y, por tanto, en el mismo ámbito ideológico que la realización de la pieza que nos ocupa.

El Arte Esquemático abarca una serie de manifestaciones técnicamente diversas ,en contextos y soportes diferentes (Bueno y Balbín, 1992, 2000a y b, 2003) Esa variedad apunta hacia la complejidad de funcionalidades de las grafías esquemáticas, que se presentan como un sistema de comunicación aplicado a las distintas áreas de intervención de los grupos humanos que las realizaron.

Ya hemos hecho mención a la pobre imagen que se tenía del Arte Esquemático en el Norte de la Península. Aún con todo, la zona que nos ocupa, con una importante versión pirenaica que incluye pasos entre la Meseta Norte y el Ebro y una innegable vertiente al mar Cantábrico, sí ha recibido análisis más o menos amplios.

Las más antiguas referencias (Vegas, 1990: 190) ,reflejan el interés erudito por las huellas del pasado que, a partir del siglo XVII, tiene eco en toda España.

El primer análisis científico sobre la existencia de grafías postpaleolíticas puede atribuirse a J. M. de Barandiarán, que en 1920 redacta un artículo sobre el Arte Rupestre en Álava, publicado en el compendio de su obra que vio la luz en 1979.

Con aspiraciones de síntesis, las publicaciones de Llanos (1963, 1966, 1977), aúnan las distintas aportaciones de prehistoriadores como Barandiarán (1964), recogiendo las evidencias pintadas y grabadas, sobre todo en cuevas y asociadas a enterramientos.

Los datos obtenidos en torno a los años 70 en Navarra (Santesteban,1968) ,enriquecen lo conocido en el sentido de aproximar el sector a la definición gráfica del Arte Esquemático más clásico. Así la Peña del Cantero (Barandiarán y Vallespí, 1980: 185-186) o la Peña del Cuarto (Monreal, 1977). Esta ampliación de localizaciones es un hecho en Álava, Vizcaya y Navarra (Llanos,1977) .Además se clarifica la posición de algunas evidencias, tradicionalmente incluidas en este epígrafe del Arte esquemático pero claramente distintas, caso de las decoraciones de las casas de Cortes de Navarra (Apellániz, 1974: 348; Maluquer, 1954).

El elemento que mejor define la idea que se tenía de estas grafías aparece también en la propuesta de Llanos (1966). Se trata de su cronología en el Bronce Final y la Edad del Hierro, como manifestaciones tardías de una simbología que alcanza el norte de la Península habiendo perdido en parte su significado.

Las palabras marginalidad y retardatarismo cronológico, se asientan así en la definición y caracterización de las grafías esquemáticas del norte peninsular, constituyendo el País Vasco y Navarra un ejemplo más de la visión que imperaba en la historiografía del momento y, que en el aspecto del Arte Esquemático continúa teniendo cierto peso específico (Nuin, 1989: 245).

Podríamos situar un primer intento de valoración global en el trabajo de Balbín sobre las grafías esquemáticas cantábricas. Balbín (1989) se pregunta sobre la realidad de fechas tardías para todo el conjunto esquemático vasconavarro, como proponía Llanos (1966), y el tiempo y la documentación arqueológica han corroborado su hipótesis.

Los recientes trabajos en la cueva de Ojo Guareña, en Burgos (Gómez Barrera *et alii*, 2002), con cronología C14 para las pinturas negras esquemáticas del estilo que nos ocupa, valoran una amplia secuencia para el Arte Es-

quemático del norte peninsular, en cronologías idénticas a las de otros enclaves con más tradición de estudio en la Península Ibérica (Bueno y Balbín, 2003).

A la profusión de pinturas negras y grabados asociadas a enterramientos en cueva que tenemos bien fijados en toda la zona interior de la Península Ibérica (Gomez Barrera, 1992), se unen abrigos con pinturas esquemáticas y naturalistas (Sainz de Buruaga *et alii*, 1992), de notable interés en la definición de las relaciones culturales con el Levante peninsular, en conexión con los pasos pirenaicos y con el río Ebro.

Afortunadamente el cambio en los planteamientos sobre la Prehistoria Reciente en la Península Ibérica en general, y en la zona que nos ocupa, en particular, ha tenido su repercusión en el conjunto de los análisis sobre las grafías norteñas produciendo resultados esperanzadores. Así los desarrollados por la Universidad de Santander (Díaz Casado, 1993; Teira y Ontañón, 1997) o los impulsados por los Departamentos de la Universidad del País Vasco (Fernández Eraso, 2000 y 2003; Sainz de Buruaga *et alii*, 1992) y de la Universidad de Navarra (Beguiristain, 1983; Beguiristain y Jusue, 1987; Nuin, 1989; Peñalver, 1983).

Se consolida una línea de investigación cuyos frutos serán más visibles en breve, pues son varios los trabajos que continúan realizándose en este momento. Nosotros mismos estamos documentando una cueva con pinturas en Socuevas de San Miguel (Álava) junto con J. I. Vegas y el apoyo del Museo de Vitoria, y otros equipos están trabajando en nuevas localizaciones.

La presencia de menhires en el Norte ha venido siendo señalada profusamente (Bueno *et alii*, 1985; Altuna *et alii*, 1990; Gorrochategui y Yarritu, 1980; Ruiz *et alii*, 1995), por lo que su destacado papel en la zona que nos ocupa queda enmarcado, sin dificultad, en el ámbito de las manifestaciones del mismo tipo que abundan en la región.

La tradición de las referencias a menhires en el País Vasco y Navarra, es amplia. Vegas recoge la de la piedra de Miqueldi (Vegas, 1990: 190), y son muchos los trabajos que hacen alusión a estas piezas, indicando su difícil adscripción temporal, pero en las que se intuyen alusiones antropomorfas más o menos evidentes (Peñalver, 1983).

Una de las primeras citas contrastadas de menhires en Navarra es la que recogen Barandiarán y Vallespí (1980: 161) sobre el menhir de Ata, en Aralar que, de talla claramente antropomorfa, fue dibujado por Iturralde en 1895 con unos surcos que sería interesante comprobar. Además de valorar su amplia presencia en Navarra, los autores señalan su contemporaneidad con los dólmenes y su profusión en el ámbito baztanés en el que describen los de Argibelgo Lepoa, Burga, Eihartze y Soalar.

X. Peñalver (1983: 357-359), detalla la historiografía relacionada con el análisis de los menhires en la zona que nos ocupa, por lo que no vamos a reiterarla de nuevo. Aportaciones más recientes (Peñalver 2004), quedan restringidas al campo de los lectores en vasco.

Algunos de ellos fueron excavados (Blot, 1980; Peñalver 2004), con el interés de su posible asociación a estaciones al aire libre, como podría deducirse de los hallazgos en el entorno de Jentilarri (Peñalver, 1983: 374), y de su constante relación con monumentos megalíticos (Ídem, 1983: 428-436). Otro parámetro interesante es que se indican posibles acondicionamientos de las

formas naturales para acercarse a imágenes antropomorfas e incluso grabados.

Precisamente la posibilidad de una decoración expresa y visible en momentos prehistóricos es la que más nos interesa en relación con la interpretación que proponemos para la estela de Soalar.

Una pequeña reflexión sobre el texto de Peñalver del 83, y la oportunidad que hemos tenido de revisar en el terreno los datos más próximos a Soalar, aseguran que una intensificación de los análisis en esta dirección :la comprobación de grafías presentes en estas piezas de genuino carácter antropomorfo, revelará una riqueza inédita, que dotaría al megalitismo del norte de un componente simbólico similar al documentado en el resto de la Península Ibérica.

Ejemplo de ello son referencias en textos divulgativos, como la del menhir de Eteneta, en la comarca de Andoain. La foto deja ver los grabados de un manto como el de la estela de Soalar y quizás, la definición de la cara (Fraile y Monteagudo, 2004: 29). También noticias recientes publicadas en la prensa (El Correo Digital, 21-10-04), señalan la presencia de un menhir antropomorfo en el monte Gorbea de 5m de altura, asociado, como Soalar, a indicios de poblado y próximo a dólmenes.

Volviendo al texto de Peñalver, se indican grabados en los monolitos de Aitzpikoarri (Peñalver, 1983: 363), Mugarriluze (Ídem, 1983:368), Zorrotzari (Ídem, 1983: 370), Jentilarri (Ídem,1983:372), Ata (Ídem,1983:376), Iruñarri (Ídem,1983:378), Langagorri (Ídem, 1983:381), Txoritokieta (Ídem,1983:388), Artxubieta N. (Ídem, 1983: 387), Gorospil (Ídem, 1983: 390), Eihartzeko-Munoa (Ídem, 1983: 387), y Erroldan-Arriya (Ídem, 1983: 405). Como menciona el autor, muchos de estos grabados no aparentan ser prehistóricos, pero nuestra experiencia nos dice que si existen grabados recientes es porque, en general, hubo algún grabado antiguo.

Este es el caso del menhir de Gorospil en el que además de la señalización de término perfectamente visible, se hallan grabadas numerosas formas circulares y semicirculares más antiguas, asimilables al conjunto de grabados al aire libre postpaleolíticos, cada vez más abundantes en toda la Península Ibérica. La profusión de formas circulares encadenadas de la pieza de Gorospil nos recuerda a las detectadas en la zona media de la estela-menhir de Monte da Ribeira, en Reguengos de Monsaraz (Gonçalves *et alii*, 1997).

Nuestra visita al menhir de Ezcurra permite albergar esperanzas en la misma dirección, por lo que el análisis exhaustivo de estos soportes se hace necesario .

La realidad del panorama gráfico postpaleolítico no se remite a las pinturas, como en multitud de ocasiones hemos tenido oportunidad de argumentar (Bueno y Balbín, 1992, 2000a y b, 2003). Los símbolos pintados han sido igualmente grabados al aire libre (Armendariz, 1966), o en cuevas y utilizados como referencia básica para la decoración de estelas y estatuas antropomorfas que se ubican en el territorio de necrópolis megalíticas.

Es en ese último contexto, el de las necrópolis megalíticas con referencias antropomorfas, en el que hemos de situar la estela armada de Soalar.

El estado de la cuestión de pinturas y grabados al aire libre, menhires y estelas en este sector del Norte peninsular, augura un panorama de descubri-

mientos en relación con investigaciones más acordes a una rica realidad gráfica, que es la que caracteriza las expresiones simbólicas de toda la Península Ibérica.



Figura 2. Menhir de Gorospil. Foto R. de Balbín

## DESCUBRIMIENTO Y LOCALIZACIÓN DE LA ESTATUA DE SOALAR. APROXIMACIÓN METODOLÓGICA A SU ANÁLISIS

La estela de Soalar se localizó en el Valle del Baztán, destacada entidad geográfica de la zona que nos ocupa. Goza de sectores de valle bien regados y próximos al Ebro, y de sectores más altos en las estribaciones que casi alcanzan los Pirineos franceses, con pasos accesibles cuyo control debió constituir una baza económica de interés para los habitantes del Valle.

La primera mención a su existencia se debe a F. Ondarra (1976), quien durante muchos años dió noticia de los descubrimientos arqueológicos relacionados con el Valle del Baztán. Posteriormente el catálogo sobre menhires publicado por Peñalver (1983: 399), incluye un dibujo y medidas de la pieza, de la que no se considera ni su talla, ni su decoración, pues la visión que se tenía en ese momento se remitía al reverso de la misma (Fig. 3)

En el año 2000, el grupo Hilarriak da aviso de la presencia de un grabado en el menhir de Soalar que en aquel momento había sido trasladado a Gartzain, a una casa particular, y era utilizado como soporte para una canasta de baloncesto. El traslado permitió la visión de la cara trabajada en la que era visible un útil enmangado. Esta imagen, la de la canasta colocada sobre un menhir grabado, fue ampliamente difundida en Internet y las autoridades del Patrimonio en Navarra tomaron cartas en el asunto (Fig. 4).

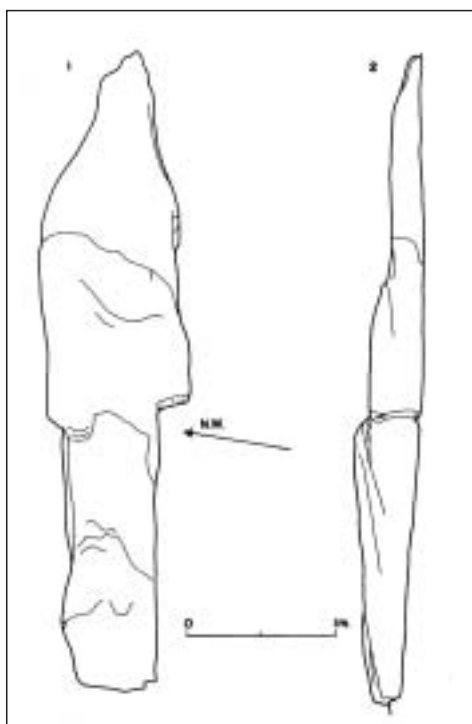


Figura 3. Dibujo de Soalar según X. Peñalver, 1983



Figura 4. Situación de la estela de Soalar en su localización de Gartzain. Foto obtenida en Internet

Nuestra intervención está en relación con el aviso que nos hizo llegar Luis Millán del mencionado grupo Hilarriak quien, conociendo de nuestra dedicación a estos temas, nos proponía ver la pieza para valorar sus posibilidades de análisis. Así lo hicimos y ya en esa visita inicial fuimos conscientes de su excepcionalidad y de la imperiosa necesidad de su estudio.

Solicitamos, pues, un permiso de actuación al Servicio de Patrimonio de Navarra y comenzamos los trabajos de documentación que se han realizado durante el 2003 y el 2004.

Nuestro análisis estaba dirigido al estudio exhaustivo de técnicas y gráficas empleadas para la representación, a una propuesta de interpretación histórica para la misma y, desde luego, a su comprensión en el marco territorial del Valle del Baztán dónde la estela tenía su significado cultural más profundo.

Para afrontar cada uno de esos parámetros acudimos a Elizondo y procedimos a desarrollar el protocolo de análisis que llevamos realizando durante años (Bueno y Balbín, 1992, 2000a, 2003; Bueno *et alii*, 1998).

La toma de datos se efectúa a partir de una ficha de campo en la que constan todos los elementos que identifican la pieza: materia prima, medidas, localización, técnicas y motivos, acompañada de un dibujo a escala de cada una de las gráficas que la definen.

A la par, realizamos un exhaustivo examen fotográfico con diversas luces de día y con luz artificial, de noche. Con todas las tomas reconstruimos parte por parte de la pieza, incluyendo todos los detalles localizados según la luz de la toma, en la idea de conseguir un calco que recoja con la mayor exhaus-

tividad los grabados que componen la temática a analizar y la presencia posible de otras técnicas, como la pintura.

Este trabajo, el del montaje de las imágenes a escala para elaborar un calco, supone tiempo y paciencia, pero de él se obtienen muy buenos resultados. Nos ayudamos de programas de procesamiento de imágenes y poco a poco, vamos obteniendo un calco que no es otra cosa que una interpretación de la decoración original de la pieza.



Figura 5. La estela de Soalar con luz artificial en su localización actual. Foto R. de Balbín

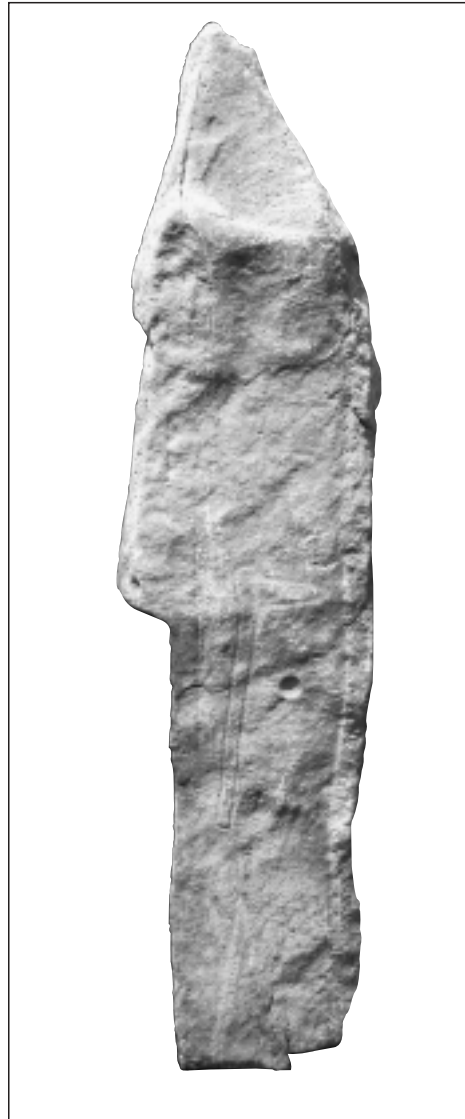


Figura 6. Restitución fotográfica de la estela armada de Soalar realizada por R. de Balbín

Jamás tocamos directamente el soporte, en cumplimiento estricto con las normas de protección para Bienes Culturales publicadas por la UNESCO. Por otro lado, estamos convencidos de la inutilidad de los calcos directos ante las dificultades de aplicación de polivinilos que con su generación de vahos ocultan –literalmente–, cualquier visibilidad de los pequeños detalles o, dañan seriamente restos pictóricos, siempre más débiles.



La aplicación de sustancias colorantes de origen químico que pueden perjudicar el soporte es también completamente rechazada por nuestra parte y por la de muchos otros profesionales que jamás la aplicarían al análisis de cuevas con Arte Paleolítico, por muy difíciles de observar que resultasen sus grabados. Es precisamente la metodología del Arte Paleolítico, por su respeto a los soportes y por su minuciosidad, la que nosotros hemos trasladado al análisis de las graffias postpaleolíticas con evidentes resultados positivos.

No hay que olvidar que las graffias, como cualquier otro producto cultural del pasado, son un resto fósil del momento en que se realizaron, por tanto es necesario implementar técnicas que nos conduzcan a aproximarnos lo máximo posible a la realidad del pasado. La reintegración de lo que fue la estatua en origen, mediante la elaboración de un calco que recoja todos los gestos realizados sobre la superficie del soporte, es la base de una reflexión para acercarnos a su significado cultural, cronológico, ideológico, social y simbólico.

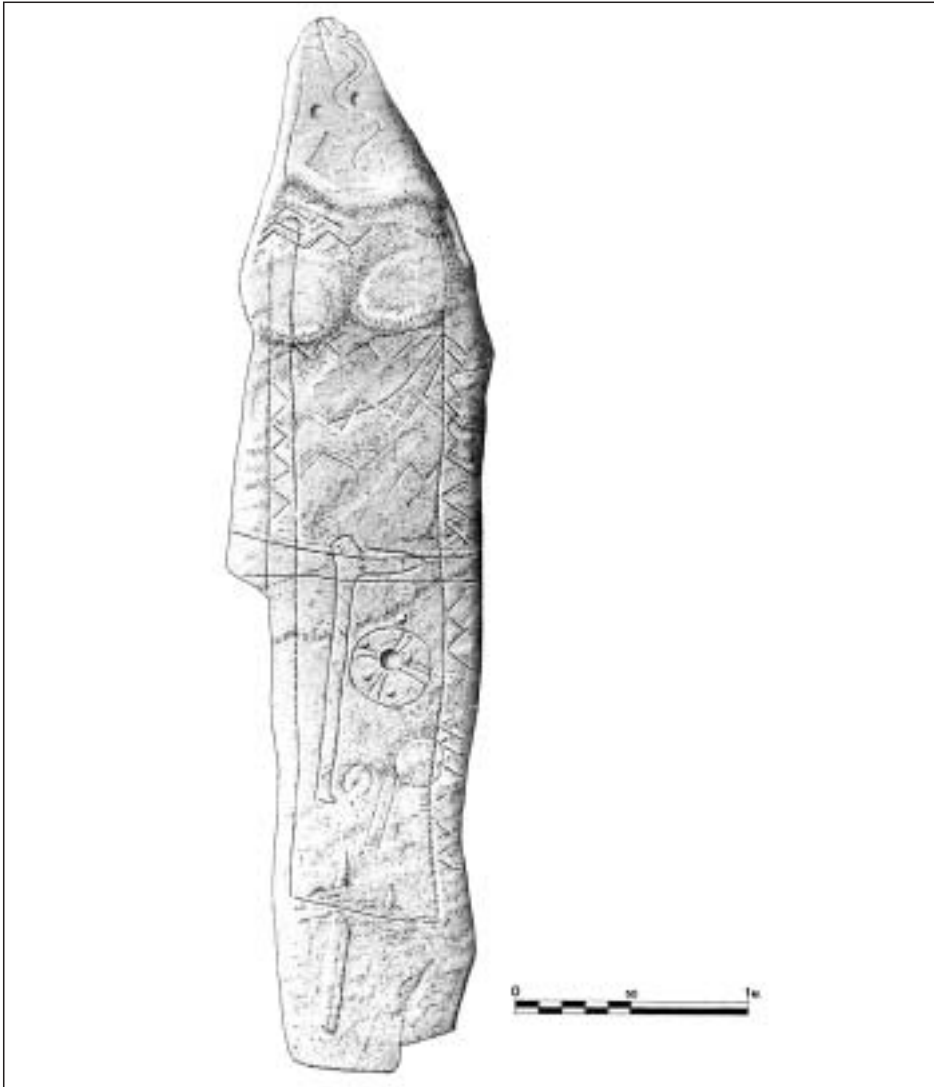


Figura 7. Calco de la estela armada de Soalar

El análisis exhaustivo del soporte no puede dejar de lado la posición de la pieza en un marco territorial concreto. La trasnochada idea de que las graffias postpaleolíticas no poseen contexto (Bueno y Balbín, 2000a y b), y eso les resta valor “arqueológico”, en tanto que cultural y cronológico, se solventa con metodologías que contemplen la situación de estos elementos en relación con los yacimientos que forman parte de su entorno. Para analizar un yacimiento arqueológico se valora su posición respecto a otros. Para analizar un abrigo pintado, un conjunto de grabados al aire libre, un dolmen decorado o una estela como la que nos ocupa, es necesario utilizar la misma premisa: hay que valorar su posición respecto a otros yacimientos.

Por ello, otro de nuestros parámetros metodológicos ha sido el examen de la zona donde se localizó la pieza, de los yacimientos que forman parte de su entorno y de sus posibilidades de visibilidad e intervisibilidad con otros elementos destacados del paisaje de los constructores de megalitos del Baztán.

Una producción ideológica de la categoría técnica y de la entidad física de la estela armada de Soalar, propone una serie de consideraciones de enorme interés sobre la realidad de la dinámica megalítica de este rico sector navarro, de la que pretendemos esbozar en este trabajo un breve diseño.

#### LA ESTELA-MENHIR DE SOALAR: RELACIONES TÉCNICAS, RELACIONES GRÁFICAS

De perfil rectangular e idéntica sección, la estela de Soalar ha sido erigida en arenisca roja. Su mole de casi 3000K. y su altura de 4,50 m en lo conservado, definen la pieza como una evidencia perfectamente localizable en el paisaje antiguo del Valle del Baztán, pese a que no dispongamos de datos arqueológicos para reconstruir la flora del momento.

Si exceptuamos Mugarriaundi (Peñalver, 1983: 419) y la noticia de un menhir en el Gorbea ofrecida recientemente en la prensa (Correo Digital 21-10-04), la pieza de Soalar es una de las más altas de todas las detectadas en el País Vasco y Navarra, junto con la de Burga y el menhir tumbado de Soalar, aún *in situ*. Eso constata la hipótesis, ya esbozada por Peñalver, de que los menhires documentados en el Baztán y Alduides son los más destacados en altura de todos los referenciados en su catálogo.

Pese a no disponer de datos concretos sobre la situación original del monumento, sospechamos que la cara decorada se orientaba hacia el Valle, es decir hacia el Este, reiterando la orientación Este y Este/Sureste de la mayor parte de los monumentos megalíticos de la Península Ibérica.

La relación del monolito que nos ocupa con otras evidencias megalíticas, se suma a su proximidad al arroyo Goizemezko-erreka. Su asociación al agua, como muchos de los monumentos megalíticos peninsulares, nos parece un interesante argumento en relación con la necesidad de ésta para el desarrollo de las áreas habitacionales (Bueno *et alii*, 2002: 73). Menhires, dólmenes y poblados compartirían el mismo territorio habitado, señalado simbólicamente y fácticamente con los enterramientos de los ancestros y con las graffias propias de la mitología colectiva (Bueno y Balbín, 2000a y b).

La pieza de Soalar se corresponde con la definición de estela, propuesta en su día por Octobon (1931), y redefinida por diversos autores (D’Anna,

1977; Barceló, 1988; Bueno, 1991). Los soportes son en este caso de fuerte tendencia plana y decoración en una de sus caras, o en más de una, pero nunca en su totalidad, diferenciándose así de las piezas de bulto redondo que se consideran auténticas estatuas.

En más de una ocasión (Bueno, 1991, 1995: 78; Bueno *et alii*, 2003), hemos hecho referencia a las dificultades de aplicación de estas definiciones tipológicas a las representaciones antropomorfas megalíticas. Sin ir más lejos, la estela de Soalar fue el menhir de Soalar hasta que detectamos sus grabados, entrando entonces en la catalogación de estela-menhir (Gonçalves *et alii*, 1997).

Al igual que otras piezas visibles conectadas a la posición de los megalitos, la pieza de Soalar presentaba un acusado aire antropomorfo, aún antes de haber detectado sus decoraciones.

Este hecho, el de la tendencia antropomorfa de las piezas pétreas y, probablemente de otras materias primas, asociadas al megalitismo es uno de los factores simbólicos que definen la conexión entre la esfera de lo cotidiano y el mundo de los ancestros en todas las manifestaciones megalíticas europeas (Bueno y Balbín, 2001, 2002; Bueno *et alii*, 2001). Así la diferenciación que hemos establecido entre antropomorfos patentes y latentes (Bueno y Balbín, 1996a y b: 62; 1997a: 115), posee un argumento más a sumar a los ya definidos, para insistir en el destacado papel de las imágenes antropomorfas conectadas a los espacios megalíticos.

La elección de los soportes dedicados a los enterramientos tenía, además de otras consideraciones relacionadas con la facilidad de materia prima y factores de esa índole, una relación expresa con su significado dentro del conjunto de las piezas del monumento (Bueno y Balbín, 1997b: 112), al igual que sucede con los soportes al aire libre (Bueno y Balbín, 2000a y b), cuya elección no es aleatoria.

La arenisca roja del Baztán posee como elemento de interés su facilidad de adquisición en las áreas próximas a Soalar, pero también es cierto que a partir de ella se obtienen superficies planas con poco trabajo y que cualquier grabado en estos soportes de fuerte tendencia al color rojo, destacaría de modo inmediato por la blancura del trazo, como se verifica en los soportes más clásicos del denominado “arte del tajo” (Bueno y Balbín, 2000a: 454).

Así pues uno de los parámetros valorables para el análisis de nuestra pieza es la elección de un tipo de soporte de fácil acceso, trabajo poco complicado y grabado de resultados inmediatos.

En el plano de la técnica, los recursos empleados para destacar el perfil antropomorfo se refieren tanto al trabajo del contorno a partir de la forma natural del soporte, como a la detección de grabados de diferente textura. La presencia de pintura nos parece argumentable. Algunas pátinas de color oscuro podrían relacionarse con la degradación de óxidos férricos del estilo del ocre o del cinabrio, lo que no podremos afirmar de modo definitivo hasta que no dispongamos de los resultados de los análisis de muestras de estas concentraciones.

La altura total de la pieza pudo ser próxima a los 5m. dada la envergadura actual —4,50m—, lo que da una idea del esfuerzo empleado en la búsqueda de un soporte adecuado y el traslado y erección del mismo en el collado de Soalar.

Las medidas de nuestra estela, coinciden *grosso modo*, con las del menhir de Soalar aún *in situ* y con las de la pieza de Burga, todas ellas próximas. Reiteran parámetros de volumen muy similares a los de áreas profusas en menhires como Reguengos de Monsaraz (Gonçalves *et alii*, 1997), proponiendo el conocimiento de unos “módulos”, en cuanto a volumen y posición de los monumentos que se constatan en la similitud de recursos técnicos y gráficos.

La descripción del soporte grabado obliga a una primera consideración, cual es la de la diferencia entre el anverso, completamente trabajado y aprovechado en todos sus contornos naturales y el reverso, totalmente en bruto como constató en su día X. Peñalver (1983).

Al igual que otras estelas-menhires, caso de la de Monte da Ribeira (Gonçalves *et alii*, 1997), la de Soalar muestra como anverso la cara que se corresponde estrictamente con esta definición junto con el canto de la derecha, en la posible finalidad de dotar de volumen a la pieza. Este recurso aparece también en otro tipo de soportes megalíticos y nos referimos a algunos ortostatos (Bueno y Balbín, 1996), reiterando la búsqueda de volúmenes antropomorfos que hemos argumentado (Bueno y Balbín, 1997b).

Otra de las referencias de volumen queda latente en la propia consideración global de la pieza que, pese a no estar grabada en el reverso, sugiere al espectador un personaje completo perfectamente reconocible para los iniciados en la simbología expresada. Esta conceptualización de las grafías incide en la ya constatada en otras expresiones megalíticas (Bueno y Balbín, 1992, 2003), lo que a nuestro juicio, permite valorar una marcada globalización del uso y significado de estos símbolos a lo largo de toda la Prehistoria reciente del sur de Europa.

La relación entre la cabeza y el resto del cuerpo –más o menos 1/6 pese a la ausencia de la parte inferior– propone la búsqueda de unas ciertas proporciones que se reiteran en las compartimentaciones internas de la totalidad del soporte.

El cuerpo mide 3m en lo conservado. Queda perfectamente delimitado por el marco rectangular que propone el grabado de su vestimenta. Se trata de líneas piqueteadas anchas, a uno y otro lado del soporte, que lo recorren longitudinalmente hasta su tercio inferior, donde cierran mediante una línea transversal, idéntica a la que cierra el rectángulo del cuerpo en la parte superior del mismo, bajo la cabeza.

El recorrido de estas líneas está acompañado de zig-zags más o menos visibles, según su estado de conservación, tema clásico en la vestimenta de las piezas antropomorfas del sur de Europa (Bueno 1991, 1995; Bueno y Balbín, 1994, 1997a, 2002).

La marcada diferencia de visibilidad entre las líneas que delimitan el manto y los zig-zag que lo rellenan puede valorarse en relación con su distinta funcionalidad. Al igual que en otros soportes megalíticos, las líneas finas sirvieron para marcar el diseño de los temas pintados que no han llegado hasta nosotros más que en su huella más indeleble –los grabados–, debido a las mayores dificultades de conservación de la pintura.

La estela vestida con un manto relleno de triángulos, probablemente rojos y negros a tenor de lo que sabemos en soportes mejor conservados (Bueno *et alii*, 1999), reflejaba la imagen de un antropomorfo con la cabeza cu-

bierta, bien sea por la capucha del propio manto que acabamos de describir, por un gorro de perfil triangular o por un casco.

Estas posibilidades pueden analizarse a partir de lo que conocemos en otras estatuas y estelas peninsulares.

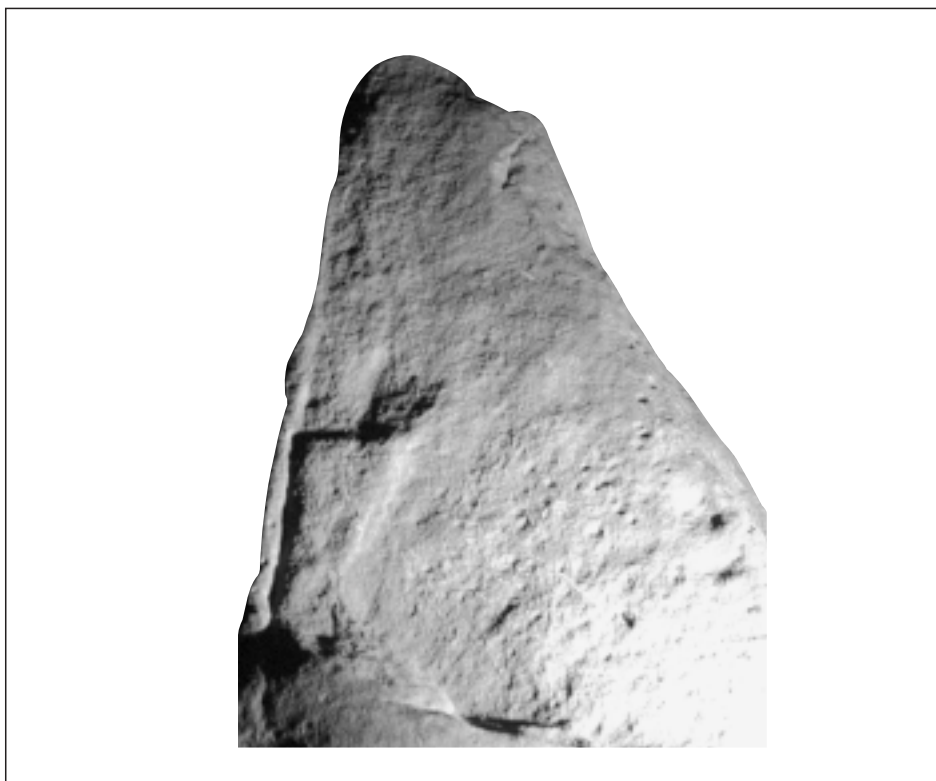


Figura 8. Detalle con luz nocturna de la cabeza de la estela de Soalar. Foto R. de Balbín

La referencia más próxima para la solución apical de Soalar, es la que nos proporciona la estela de Serra Boulhosa que en la actualidad se encuentra en el Museo de Belem (Lisboa). Publicada por Leite de Vasconcelos (1910) ha sido citada en más de una ocasión sin que se haya publicado ningún calco posterior al de principios del siglo XX. El Dr. Luis Raposo nos ha facilitado el acceso a la misma en los fondos del Museo, motivo por el cual podemos ofrecer una versión actualizada.

La definición formal de la pieza es muy próxima a la de Soalar, no sólo en el perfil de la cabeza, sino en la verificación de la delimitación del manto rectangular y, curiosamente próxima a la estatua de Burga en la figuración de los brazos mediante dos formas circulares bien marcadas.

La cabeza triangular en Soalar y Serra Boulhosa presenta la diferencia de que está más trabajada en esta última, mientras que la primera aprovecha perfiles naturales para destacar la figura triangular que se pretende. Queremos decir con ello que los realizadores de Soalar son plenamente conocedores de los “módulos” gráficos y simbólicos asociados a las figuraciones megalíticas del oeste peninsular.



Figura 9. Calco de la estela armada de Serra Boulhosa, según los autores

Este conocimiento se certifica con la coincidencia en ambas cabezas de la presencia de grabados ondulados que parten de su extremo apical, a modo de serpientes que, como sabemos por otras figuras megalíticas (Bueno y Balbín, 1995), reproducen una asociación estadísticamente mayoritaria en las representaciones antropomorfas que nos ocupan: antropomorfo/serpiente.

Los ojos figurados con cazoletas, prácticamente natural la de la derecha y artificial la de la izquierda, concuerdan de nuevo con Serra Boulhosa, así como la línea de delimitación inferior y superior de la misma que remiten a grafías clásicas del Arte Esquemático Peninsular e identificadas como “idolos” (Acosta, 1968).

Un cinturón de doble línea sirve para sostener lo que parece una hoja oval de cuchillo o de algún otro objeto.

Serra Boulhosa es, pues, otra estela armada asociada a una necrópolis megalítica.

La línea que cierra el cuello y lo separa del resto del cuerpo, permite entender mejor la misma separación en la estela de Soalar. Así la primera parte del cuerpo aparecería como el pecho, lo que queda confirmado por el aprovechamiento del volumen observable en el perfil de la estela, volumen que ha sido simplemente desbastado en algunas zonas.

En el interior de este “cartucho” que se correspondería con el pecho, se observan dos grabados piqueteados semicirculares, que tienen como tope la delimitación del manto en cada uno de sus lados. La manutención del volumen original de la pieza y la anchura de los grabados que describimos, dotan de cierto relieve a este sector de la pieza contribuyendo a su definición como elemento gráfico destacado dentro de la misma.

La relación de este tipo de trabajo con graffias similares detectadas en estatuas portuguesas como Ermida (Baptista, 1985), ratifica el encuadre cultural de la pieza. La estatua de Ermida mide 1,50m y muestra un personaje revestido de armadura con dos formas circulares a la altura del pecho, idénticas formalmente a las de Soalar. Encuadrados en formas subrectangulares obtenidas por piqueteado ancho y continuo, los dos círculos quedan nítidamente separados por una línea central que, en el caso de Ermida, queda en la misma situación que los brazos.

La posición cruciforme de los mismos, idéntica a la que muestra la estela megalítica de Serra Boulhosa o la más reciente de Faiões, también al norte de Portugal, nos lleva a recordar de nuevo la pieza de Burga que, con brazos cruciformes y círculos a la altura del pecho, reitera convencionalismos simbólicos ampliamente extendidos (Fig. 10).

Si Baptista propone que los círculos son senos que coinciden con la posición de los brazos, nosotros creemos factible —a la luz de los datos ofrecidos por otras piezas—, que estamos ante individuos revestidos de armadura y que los círculos superiores son las protecciones pectorales de las mismas.

La túnica que cubría el cuerpo de estos personajes aparece también en Ermida, aunque no está reflejada en el calco. Nos referimos a los zig-zag transversales y verticales situados en la zona “no decorada” de la pieza, que son perceptibles en la foto publicada por Baptista.

El primer tercio del cuerpo del personaje albergaría, pues, el volumen de su pecho protegido por algún tipo de armadura cuya materia prima podría ser cuero, como se ha propuesto para la valoración de piezas similares en otros contextos europeos (Chenorkian, 1988).

Más abajo, el siguiente tercio del cuerpo, antes del arma que describiremos después, presenta una notoria raspadura en dirección transversal que recorre desde el extremo derecho de la pieza, donde sale debajo del pecho, hasta el extremo izquierdo en el que conecta con el cinturón que sostiene el arma. En su descenso, la banda se va engrosando, de modo que refuerza la idea de volumen en un cuerpo de bulto redondo en la que la percepción del mismo se haría mediante el voluntario engrosamiento y adelgazamiento de la banda en relación con la cercanía o lejanía del espectador respecto al plano de la representación.

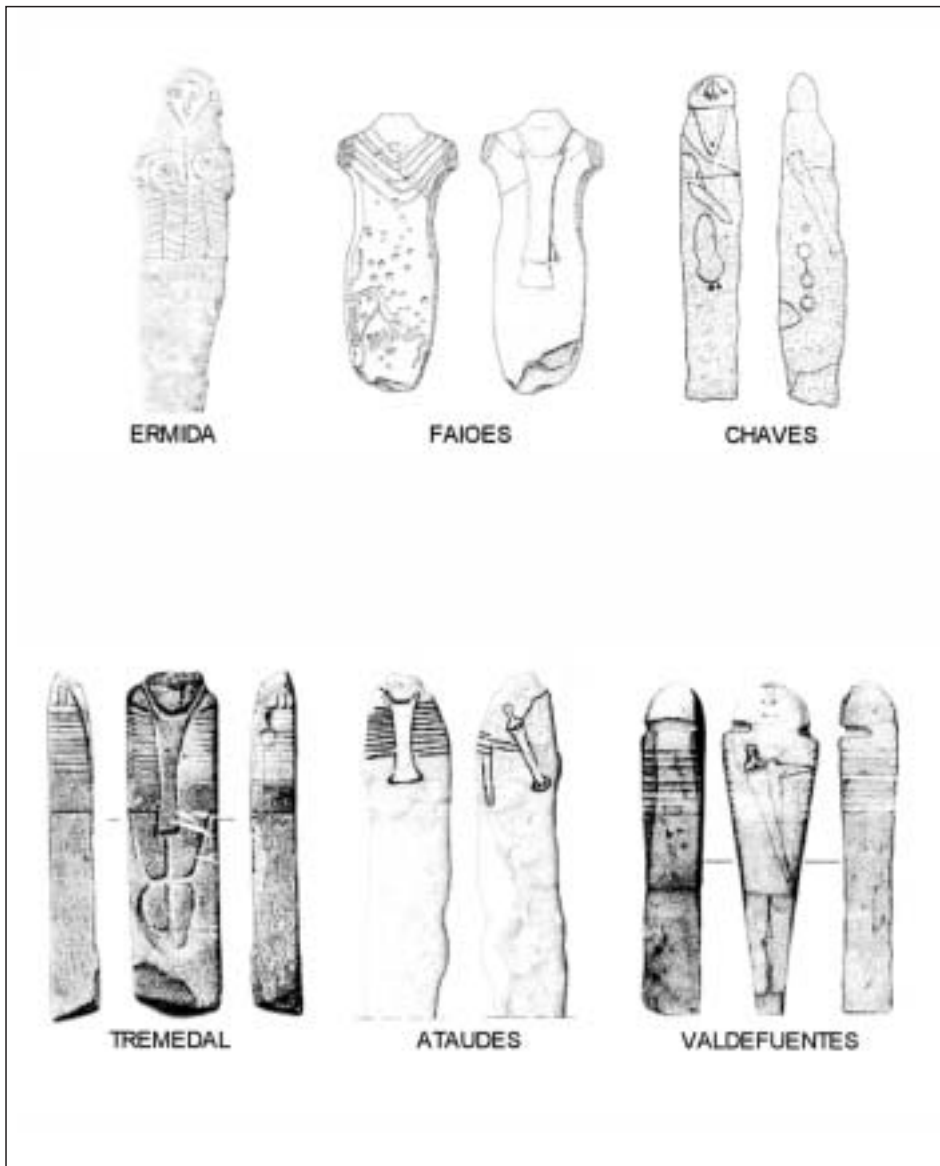


Figura 10. Estatuas del Noroccidente peninsular.

Este tipo de bandas aparece en otras piezas armadas. Así la de Preixana, en Lérida (Durán i Sempere, 1970); o la de Guarda, al norte de Portugal (Bueno, 1995: 97).

La técnica empleada, el raspado poco cuidadoso, nos inclina a proponer que dicha banda estuvo pintada de modo que resultara más perceptible.

La detección de zig-zags en grabados finos transversales, además de los verticales ya descritos, corrobora la propuesta arriba indicada respecto a la decoración característica del manto de los personajes megalíticos.

La zona más destacada del cuerpo es, sin duda, la del grabado del arma que fue el primer elemento detectado.



El arma ocupa 1,10 del total del cuerpo del personaje y se sitúa en la parte central/izquierda del soporte, reiterando su posición privilegiada. Una jerarquización de los temas expresados definiría esta figura con dos palabras: hombre armado.



Figura 11. Alabarda grabada en la estela de Soalar. Foto R. de Balbín

Junto a la pieza enmangada se distribuyen otros motivos: unos relacionados con ella directamente, como el cinturón que la sostiene y otros en sus cercanías, fundamentalmente círculos y otra posible arma, ésta vez con un piqueteado más sutil.

De nuevo se establece el juego de jerarquización de motivos a partir del uso de técnicas más notorias o menos, exactamente igual que sucede en el Arte Paleolítico y que venimos señalando en los soportes megalíticos (Bueno y Balbín, 1992, 1997a, 2003).

La pieza enmangada no sólo es la de mayor envergadura sino que la técnica empleada: un piqueteado ancho y profundo, casi falso bajorrelieve en algunas zonas de la hoja y del mango, corroboran su destacada grafía. Los restos oscuros muy notorios en parte del mango son los que nos permiten pensar en pintura que, como decíamos arriba, habrá que confirmar con los resultados de las analíticas.

Una hoja triangular, más ancha junto al mango y mucho más estrecha en su extremo, diseña una figura que tradicionalmente ha venido interpretándose como alabarda. La punta de esta hoja presenta un piqueteado notoriamente más ancho que el resto, de manera que si hubiese estado pintada destacaría muy claramente. Dos pequeñas cazoletas perceptibles con luz artificial se dibujan de la misma manera que en piezas catalogadas como alabardas en otras estelas peninsulares, pese a que hay que señalar que la posición de dichas cazoletas no se corresponde con los remaches de ningún tipo de pieza metálica conocida.

Si la hoja tiene un perfil bien marcado, el mango es buen ejemplo de la intención de señalar el arma como la grafía más destacada del soporte además de su significación antropomorfa intrínseca.

Mide más de 1m y ha sido muy minuciosamente descrito. El engrosamiento superior es el mismo documentado en piezas de madera conservadas, al igual que el ligero “botón” que hace la talla de su extremo inferior. Su recorrido es algo oblicuo al personaje y ligeramente sinuoso, como en las piezas enmangadas prehistóricas y su interior muestra líneas grabadas, quizás dientes de lobo indicando un adorno o cuerdas para reforzarlo.

Su posición tiende a la derecha del personaje, la misma que muestra la pieza enmangada de la estela de Guarda, la de la estela de Tabuyo del Monte o la de Hernán Pérez (Bueno, 1995), con el interés añadido de que las dos primeras tienen cazoletas en la misma posición que la nuestra, y que la de Hernán Pérez muestra la alabarda asociada a un cinturón, al igual que la de Soalar y la de Guarda (Fig. 12).

En ese sentido, el de la posición del arma que probablemente define al personaje como un guerrero, es sugerente que cuando las armas presentes son cuchillos o espadas, sin más acompañamiento, se sitúan a la derecha del personaje, como nuestra alabarda, pero si además de los cuchillos o en lugar de éstos, se representa otra pieza, ésta es una alabarda y ocupa el lugar de los cuchillos y espadas aislados (Bueno *et alii*, e.p.).

Si las referencias de posición o de sistema de enmangue son claras respecto a las estelas megalíticas, el desarrollo de la hoja es original respecto a éstas y más bien se relaciona con estatuas armadas al estilo de la de Valde Fuentes de Sangusín (Santonja y Santonja, 1978) y otras similares, o con estelas de tipo alentejano.



Figura 12. Calcos de las estelas de Tabuyo (según Almagro, 1972) y Hernán Pérez VI, según los autores.

Entre este último conjunto, las estelas alentejanas, la alabarda de la estela de San Juan de Negrilhos (Almagro, 1966: 117) repite no sólo posición –centro derecha del personaje–, sino perfil de la hoja y empuñadura con protuberancia superior.

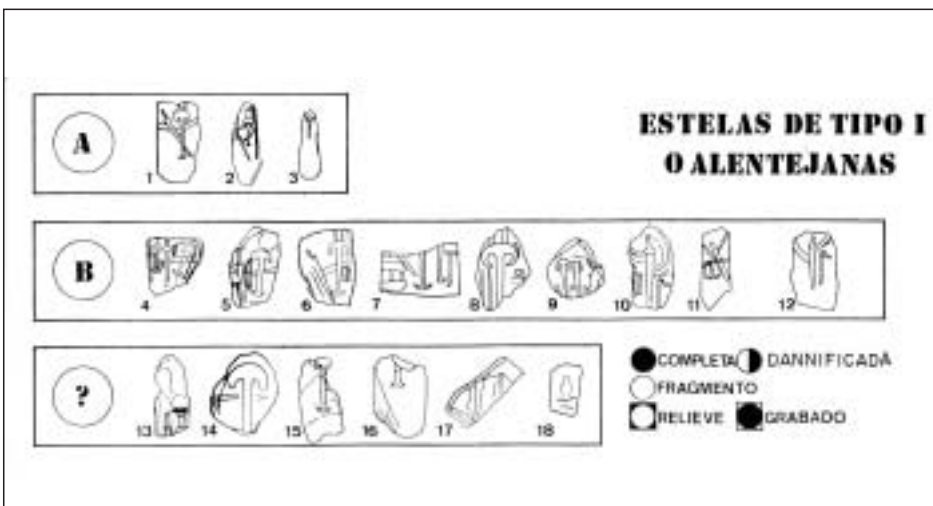


Figura 13. Repertorio gráfico de las losas alentejanas según Gomes y Monteiro, 1977.

En la misma posición la de la estela de Santa Vitoria, en Beja, muestra el interés añadido de reflejar la espada colgada transversalmente como la de Preixana ya citada, cinturón y arco, al igual que la de Longroiva, en Guarda (Almagro, 1966: 42) y la referencia cronológica que propone su asociación a una cista con materiales argáricos. Estatuas armadas con banda y cinturón, como las de Chaves y Faiões (Jorge, 1993), proponen la misma relación entre las sujeciones de las armas y su posición.

El cinturón se ha representado mediante dos finas incisiones, paralelas entre sí, que recorren el soporte en sentido transversal y repiten la posición en el tercio inferior de los cinturones documentados en un buen número de estelas y estatuas (Bueno, 1991, 1995), además de en algunos ortostatos megalíticos (Bueno y Balbín, 1997b).

El tema más destacado, junto con la alabarda, es una cazoleta circular perfectamente excavada, que constituye el centro del motivo circular adjunto a la alabarda. La observación de este tema con luz rasante, muestra unas líneas internas con disposición radial, entre las cuales destacan cuatro “botones” circulares de pequeño diámetro. Formas circulares complejas como la que nos ocupa, han sido relacionadas por nosotros con motivos de carácter solar en ortostatos megalíticos como los de la sepultura de falsa cúpula de Granja de Toniñuelo (Bueno y Balbín, 1997b: 117), aunque los discos radiales de este monumento no poseen “botones” interiores.

Este detalle y su proximidad al arma, apunta una posible relación con escudos de figuración más esquemática al estilo del de la estela de Monte Blanco (Bueno y Piñón, 1985) y, más concretamente con el que aparece en la estela del Viso I, en Badajoz (Celestino, 2000), aunque es bien cierto que la similitud no es absoluta. Por ello mantenemos la propuesta de su significado solar, sin abandonar la idea de un posible escudo, pues son muchas las evidencias gráficas en la Prehistoria europea que asocian escudos y soles (Meller, 2004), al modo que creemos puede defenderse para estas grafías en la Península Ibérica. La presencia cercana de otro círculo de diámetro menor afianzaría la hipótesis solar (Fig. 14).

Soalar sería la primera pieza armada del norte de la Península con grafías asimilables al horizonte de las estatuas-menhir de “aire mediterráneo” detectadas en el entorno del Duero. Otras referencias proponen interacciones constantes con los grupos productores y metalúrgicos del Norte, bien contrastadas en las series antropomorfas de las estelas tipo Peña Tú, trasunto gráfico de las placas alentejanas de “estilo clásico” como hemos venido defendiendo (Bueno y Fernández Miranda, 1981; Bueno, 1991, 1992, 1995) (Fig. 15).

Las representaciones de este tercio inferior de la pieza siguen enmarcadas en el manto ya descrito y tienen, como acompañamiento más tenue, una hoja grabada que podría interpretarse como un puñal. Este se sitúa en la zona central-izquierda del personaje, aludiendo de nuevo a la ubicación de otras asociaciones armamentísticas que hemos comentado arriba: la estela de Longroiva o la estela de Tabuyo del Monte.

En los 50 cm inferiores, hoy en parte ocultos por la posición del soporte metálico que estabiliza en pie la estela, son notorias dos cuestiones: la finalización del manto y, por tanto, del “panel” de la representación antropomorfa armada y la presencia de bajo relieves.



Figura 14. Estela de Monte Blanco según Bueno y Piñón, 1985

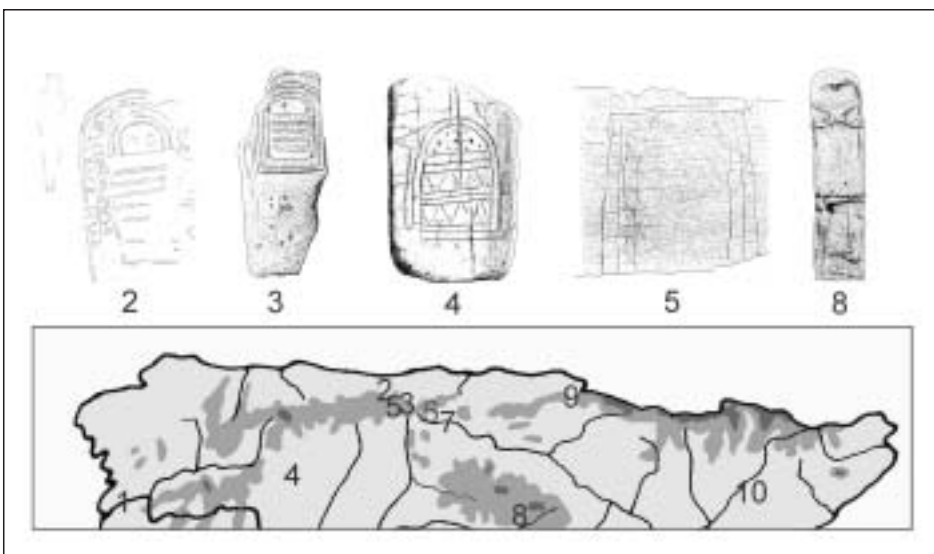


Figura 15. Situación de algunas estelas del norte de la Península Ibérica. 1. Serra Boulhosa, 2. Peña Tú, 3. Sejos, 4. Tabuyo, 5. Garabandal, 6. Peña Lostroso, 7. Ruanales, 8. Villar del Ala, 9. Soalar, 10. Preixana

La que se refiere a la finalización del panel que figura la estela, se verifica por una línea doble, ancha, cuyo interior está abrasionado, del mismo modo que la finalización de otros “paneles” de estelas. Quizás los más claros en este aspecto son los de las dos piezas de Sejos (Bueno *et alii*, 1985; Bueno, 1995).

Dicha terminación ha supuesto el arrasamiento de parte de una forma alargada en relieve con línea incisa al interior. Esta “hoja” muestra una ligera inclinación que coincidiría con el pico grabado igualmente en relieve, junto al apoyo circular de la izquierda del espectador. En el de la derecha se observa otro pico en relieve, evidentemente de otra pieza similar que ha sido literalmente “barrida” para adecuar el soporte a la nueva representación.



Figura 16. Detalle con luz artificial del cierre del “manto” y bajorrelieves de la zona inferior de la estela. Foto R. de Balbín

Las hojas a las que nos referimos presentan su nexa más evidente con las piezas en relieve de las losas alentejanas (Almagro, 1966: 58).

Otra hipótesis sería que ambos bajorrelieves figurasen las piernas del personaje, en una posición relativamente oblicua semejante a la que verifica el personaje de la estela de Longroiva.

No podemos descartar tampoco que la estela que nos ocupa represente un juego de personajes dobles, orientado uno en cada dirección, como sucede en la de Aldea del Rey II (Valiente y Prado, 1978). Cada uno de ellos posee sus propios atributos guerreros y la diferencia de técnicas utilizadas para

una y otra figuración antropomorfa lleva a Celestino (2000: 412) a proponer dos momentos de ejecución.

La evidencia de bajo relieve en la decoración de las galerías artificiales francesas (Villes, 1997) con objetos enmangados tipo hacha o alabarda, constituye otra referencia de interés. Al igual que las asociaciones de alabardas con puñales e incluso, con escudos sencillos de algunos petroglifos gallegos (de la Peña y Rey, 2001: 57). Todo ello de nuevo nos remite a cronologías de la segunda mitad del III milenio cal BC.

Desgraciadamente la ausencia de la zona inferior de la pieza impide resolver la cuestión de modo más tajante.

Teniendo en cuenta que las losas alentejanas y, por tanto, las armas que las caracterizan :espadas y alabardas acompañadas de cinturones y bandas de sujeción, se fechan en momentos contemporáneos al Argar, lo mismo que las alabardas que acompañan a la estela de Tabuyo del Monte o a la de Longroiva, y que tenemos cronologías de mitad del III milenio cal BC para megalitos del sector (Blot, 1989), proponer una fecha dentro de la segunda mitad del III milenio cal BC para la estela de Soalar, es plenamente justificable.

## EL COLLADO DE SOALAR EN EL ENTRAMADO MEGALÍTICO DEL VALLE DEL BAZTÁN

Como decíamos en páginas anteriores, se conocían referencias de los megalitos de Soalar (Ondarra, 1976) ,entendidos en el conjunto del Baztán como una manifestación cultural propia de pastores trashumantes de largo recorrido cronológico.

El compendio de Barandiarán y Vallespi (1980: 155), deja constancia de la riqueza megalítica en la zona norte de Navarra, destacando el Baztán. Señalan entonces los escasos trabajos realizados, algunos de ellos absolutamente inédito como los de Zudaire en Lamizulo y Rolan, o los de B. Taracena en Aznabazterra, Munautz y Sorginetxo. De estos últimos sí hay algunos datos que permiten fijar parte de las ocupaciones megalíticas del sector en la transición Calcolítico-Bronce y durante el Bronce, por la presencia de campaniforme inciso, metal y los adornos propios del momento.

Las escasas referencias cronológicas apuntan en la misma dirección. Así la fecha obtenida en la excavación del monumento de Irau 4 (Blot, 1989: 101),que aunque no especialmente próximo a los nuestros, sí se asocia a la red de afluentes del Ebro en Navarra.3850±90 BP(Gif 7892) es una fecha francamente similar a las que podemos aportar para el campaniforme inciso en el interior de la Península (Bueno *et alii*,2003), precisamente el sector de más fácil acceso para los grupos que en ese momento habitaban el Valle del Baztán.

La conjugación de espacios ocupados por dólmenes y cromlechs en un fenómeno bien conocido en todo el Norte Cantábrico (Bueno *et alii*, 1985), posee en el Valle del Baztán interesantes datos y en el collado de Soalar, en particular, una de sus mejores evidencias.

A ello hemos de sumar la llamativa concentración de menhires en el Valle (Peñalver, 1983), que creemos en consonancia con la acumulación de evidencias megalíticas y con la más que posible organización de un territorio ri-

co en recursos naturales y especialmente interesante para el control de los pasos con el sur de la Península y de Francia.

La estatua de Soalar se localiza en el punto más externo y visible del collado de Soalar. Se podría decir que se ha elegido la zona más “adelantada” del collado, respecto al Valle del Baztán de modo que la visibilidad de la estatua hacia éste sería total y al contrario, también.

Su posición en el collado repite la de una parte importante de los menhires conocidos en la región que nos ocupa (Peñalver, 1983: 408) y, concretamente, la de las piezas de Gorospil, Argibelgo-lepoa o Burga, dentro del mismo Valle del Baztán. Como ellos, ha sido construido con materia prima local: arenisca roja.

A sus pies se extiende una majada en la que localizamos algunas piezas, cerámica, restos de molino, que indican una estación al aire libre que interpretamos como posible lugar de habitación. A su espalda, al oeste de la estatua, se acumulan una serie de monumentos cuya organización no parece en absoluto aleatoria.

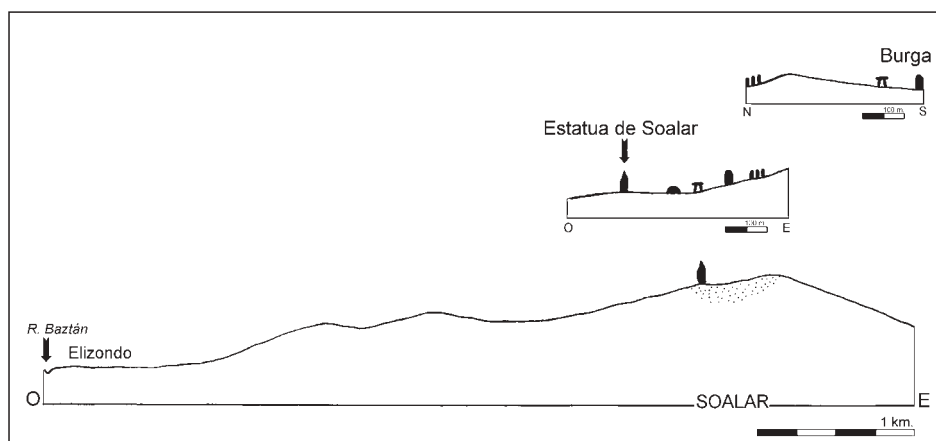


Figura 17. Cortes topográficos de la sierra de Soalar con la situación de los hallazgos arqueológicos

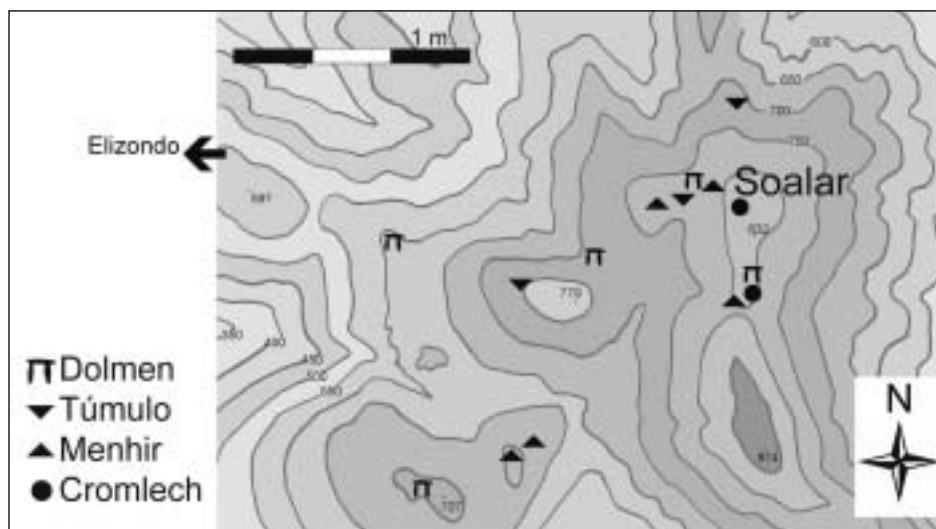


Figura 18. Situación de los yacimientos arqueológicos del entorno de Soalar



El primero es un túmulo de en torno a 10m de diámetro recogido en los repertorios mencionados de Ondarra y de Barandiarán y Vallespí como Soalar II. Debe contener al interior una cámara funeraria pero no tenemos documentación arqueológica de él. En la misma línea, otro monumento megalítico, esta vez excavado, se dibuja como una gran cámara delimitada por piezas de arenisca del Baztán, idéntica materia prima a la de la estela. Unos metros hacia el oeste, en la misma línea que describimos, yace en el suelo otro menhir, de muy similar figura al que nos ocupa.

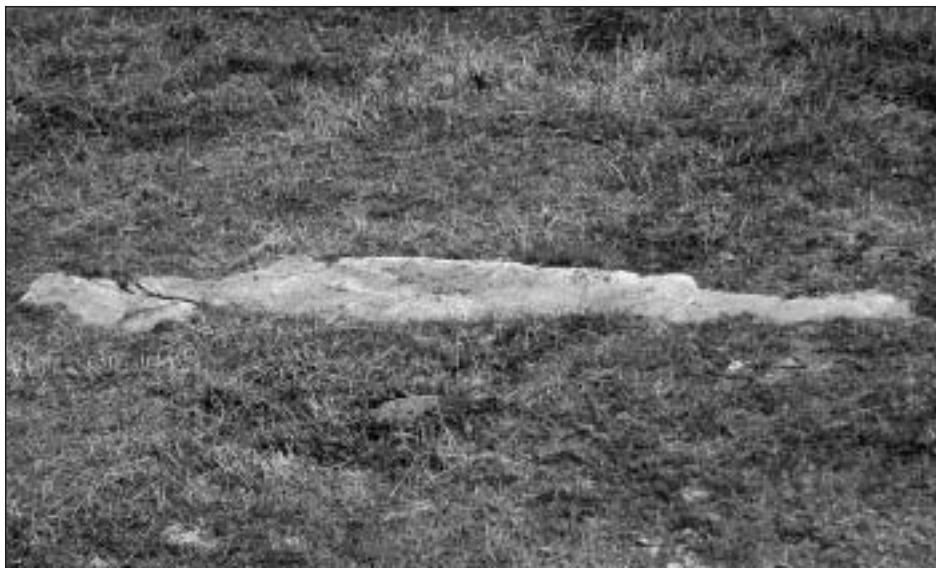


Figura 19. Segundo menhir de Soalar en su situación actual. Foto R. de Balbín

Todos estos monumentos se congregan en la zona más llana del collado, en la que un establecimiento habitacional sería factible, como hemos propuesto para otros lugares de la Península Ibérica (Bueno *et alii*, 2002). Áreas funerarias y áreas de habitación constituyen, pues, un único e imbricado espacio cotidiano.

En la parte más alta de Soalar se distribuyen otros yacimientos de aspecto megalítico, esta vez en una línea norte-sur, cuyo extremo meridional está definido por la imponente presencia del menhir de Burga. Destaca al menos un cromlech y otra posible cámara megalítica que se localizan en el camino hacia el volumen paisajístico más sobresaliente tras Soalar: Burga.

La altura de la pieza de Burga y la de Soalar tendría, entre otras finalidades, la de la búsqueda de la intervisibilidad, al estilo de las redes descritas para otras zonas peninsulares en las que los menhires alcanzan alturas semejantes (Gonçalves *et alii*, 1997).

La reconstrucción que proponemos para esta pieza verifica su talla antropomorfa con cabeza apuntada y brazos abiertos con círculos tallados, al estilo de la iconografía de la estela de Serra-Boulhosa. Burga sería, pues, otra estela-menhir de carácter antropomorfo, sin que podamos pronunciarnos más explícitamente sobre sus características dado el estado en el que se encuentra actualmente.



Figura 20. Reconstrucción virtual mediante la unión de los dos fragmentos que se conservan del Menhir de Burga. Elaboración R. de Balbín

La evidente asociación entre cromlechs y dólmenes por un lado, y entre éstos, el área de habitación y las visibles referencias antropomorfas de Soalar y Burga, dibuja un entramado de marcadores gráficos asociado a las actividades cotidianas de los habitantes neolíticos y calcolíticos de Soalar, idéntico al que hemos justificado para otras áreas de la Península Ibérica (Bueno y Balbín, 2000a y b). Son las referencias a la tradición ubicadas en el territorio que reivindicamos, las que definen los espacios y la propiedad de los grupos.

La contemporaneidad entre grupos metalúrgicos y el uso continuado de estas necrópolis es una evidencia constatable en Soalar a partir del análisis de las armas presentes en el estela, lo que nos sirve de indicio fehaciente para valorar la posición de la metalurgia en estos grupos tradicionalmente interpretados como de pobres pastores trashumantes.

## LA ESTELA DE SOALAR EN EL CONJUNTO DE LAS REPRESENTACIONES ARMADAS IBÉRICAS

La reiterada sincronía de los estilos regionales del campaniforme y el desarrollo de la cultura argárica, propone confluencias culturales de interés si valoramos parte de las interacciones gráficas que hemos argumentado para el modelo de representación antropomorfa que nos ocupa.

Las referencias más próximas a la estela de Soalar son, sin lugar a dudas la estatua de Villar del Ala, en Soria, la de Preixana, en Lérida, la de Guarda, al Norte de Portugal y la de Serra Boulhosa, en la misma zona.

Todas ellas se asocian a elementos antropomorfos de raíz megalítica con armas de tipología campaniforme y argárica, proponiendo sincronías con otros horizontes gráficos, como el de las estelas alentejanas o el de las figuraciones al aire libre con armas, al estilo de las que hemos citado de Galicia (Bueno *et alii*, e. p. b).

Se verifica así una diversidad expresiva similar a la que hemos propuesto para las fases más antiguas del Arte Megalítico (Bueno y Balbín, 1992, 1997a, 2003) que, en el caso que nos ocupa –las representaciones antropomorfas–, apunta hacia la diversidad y complejidad de las organizaciones sociales que protagonizan el camino hacia la jerarquización.

Una parte de la historiografía europea sitúa el campaniforme como defensor de la individualización. Sería su presencia en ricos ajuares asociados a individuos adultos masculinos, la expresión de la ascensión social de los guerreros que constituyeron la clase dominante de la Edad del Bronce.

Por nuestra parte, hemos insistido en el largo recorrido de la simbología megalítica (Bueno y Balbín, 1997c, 1998, 2003), en tanto que visualización simbólica del recurso a la tradición como justificación de posiciones de preeminencia por parte de unos pocos. Esta hipótesis posee su mejor argumento en los propios megalitos, auténticos panteones usados por parte del registro social, que toma la simbología colectiva para adornar sus sepulcros, comenzando a señalar la posición dominante de determinadas agrupaciones familiares respecto al resto del grupo.

En estos sepulcros se acumulan objetos de prestigio desde los primeros momentos de su construcción, siendo el campaniforme uno más de estos objetos destacados que acompaña a hombres, mujeres y niños (Bueno *et alii*, 2000 y 2003), en un proceso de concentración de *items* de prestigio en grupos familiares cada vez más reducidos.

La sincronía de enterramientos individuales y enterramientos colectivos en recintos megalíticos es un hecho que ponemos en relación con el uso de la tradición del ritual de los ancestros, cuya simbología es apropiada por los mencionados grupos familiares. Las figuraciones antropomorfas que presidían los espacios megalíticos (Bueno y Balbín, 1994, 1996a, 1997a, 2003) , toman un papel cada vez más destacado, al abrigo de la justificación de cotas de poder más amplias sobre la propiedad de los bienes comunales .

La estela de Soalar y su nítida asociación a necrópolis megalíticas refleja este proceso de manera ejemplar. La posible cronología dentro del III milenio cal BC de los sepulcros del sector, –que no obsta a ocupaciones más antiguas, sino que propone usos dilatados como sucede en toda la Europa atlántica–, sitúa estas visibles manifestaciones de poder en momentos comparables a los

de figuraciones semejantes en el oeste de la Península Ibérica, en la Meseta, en los Pirineos orientales y, desde luego, en su zona norte.

Las referencias gráficas que hemos argumentado al norte de Portugal, sitúan las grafías de origen alentejano en marcos nítidamente norteños asociados al Duero, revalorizando la importancia de los pasos tradicionales entre la Meseta y el norte, en dirección al Pirineo.

Villar del Ala y Soalar serían el camino hacia el Oriente que explicaría la estela de Preixana en una red de interacciones perfectamente reconstruible desde los inicios de la Prehistoria reciente, por situar un marco temporal dentro de nuestra especialización, pues las relaciones durante el Paleolítico son igualmente valorables.

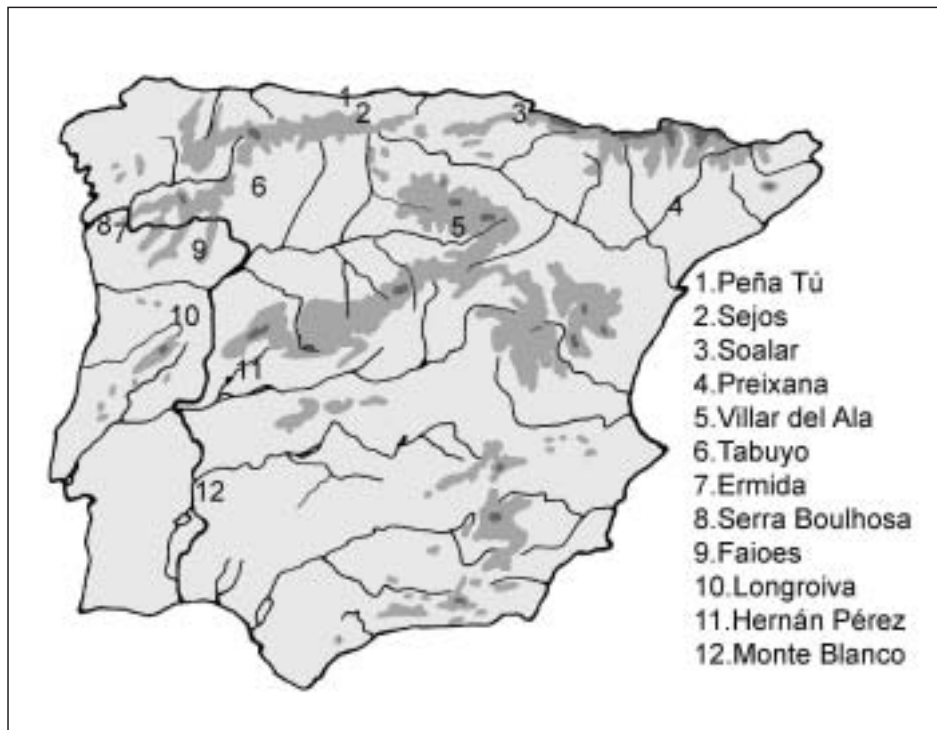


Figura 21. Mapa con las estelas/estatuas mencionadas en el texto

Los tradicionales análisis de las rutas de trashumancia pirenaica (Barandiarán, 1957) ,han de situarse en el marco más amplio de su situación geográfica: la Península Ibérica. La evidencia de Soalar, al igual que los elementos arqueológicos del megalitismo del sector, apuntan a una red de interacciones que alcanza no sólo el norte y este del Pirineo, sino el oeste y sur de la Península.

La estela de Soalar propone, pues, un marco de nexos culturales con toda la Península, un conocimiento del armamento propio de la segunda mitad del III milenio y de los códigos gráficos de los personajes armados que suelen detentar estas armas, en un panorama simbólico que conecta estas figuras de guerreros con su posición social preeminente. La evidencia del argumento de la tradición es del máximo interés para valorar las organizacio-

nes sociales que sustentan una jerarquización progresiva, como tendencia, a lo largo del decurso de los grupos productores.

Su documentación es una fuerte llamada de atención a los planteamientos decimonónicos de aislacionismos, tan queridos en las interpretaciones tradicionales sobre las grafías postpaleolíticas en la Península Ibérica (Bueno y Balbín, 2003). Su inmejorable posición en las vías de tránsito hacia el norte y este de los Pirineos, su control de la entrada del Valle del Baztán desde la Meseta y sus referencias gráficas, demuestran la capacidad de interacción de los grupos de la Prehistoria reciente en los valles pirenaicos que nos ocupan.

Los mismos planteamientos se han utilizado para el metal, una materia prima en la que bien pudieron estar hechos los modelos armamentísticos que inspiraron las representaciones que nos ocupan. No está de más reconocer el importante giro argumental que ha dado la metalurgia de las tierras de Navarra y el resto del valle alto del Ebro (Sesma, 1995), al dejar de depender de influencias tecnológicas transpirenaicas o de la llegada de importaciones, para mostrarse como una auténtica producción metalúrgica local que además dispone de buenas fuentes de aprovisionamiento de cobre (Montero y Rodríguez, 1997), una de ellas muy próxima al collado de Soalar.

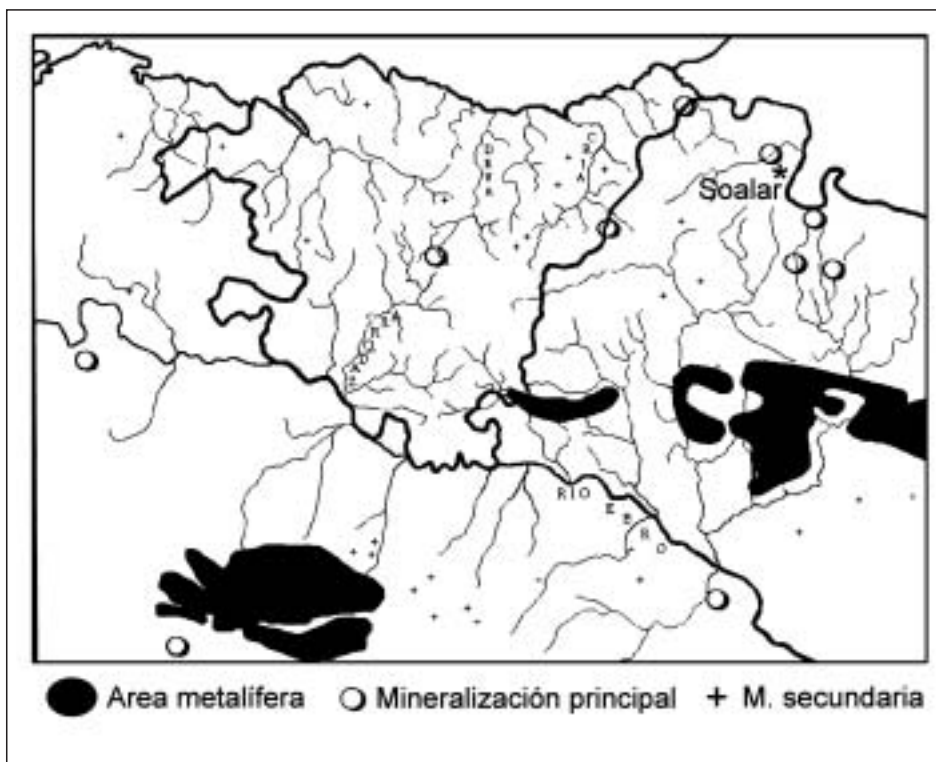


Figura 22. Mapa de los recursos metalíferos del entorno según Montero y Rodríguez 1997, simplificado y con la situación de Soalar

Un examen tipológico más preciso de la pieza mejor representada en la estela de Soalar, la alabarda, nos lleva a señalar su ausencia en el Cantábrico, pero el conjunto de representaciones armadas peninsulares muestra la escasa

valía de esta línea de trabajo, desde el momento que se representan piezas de las que se emula su valor simbólico más que su tenencia física.

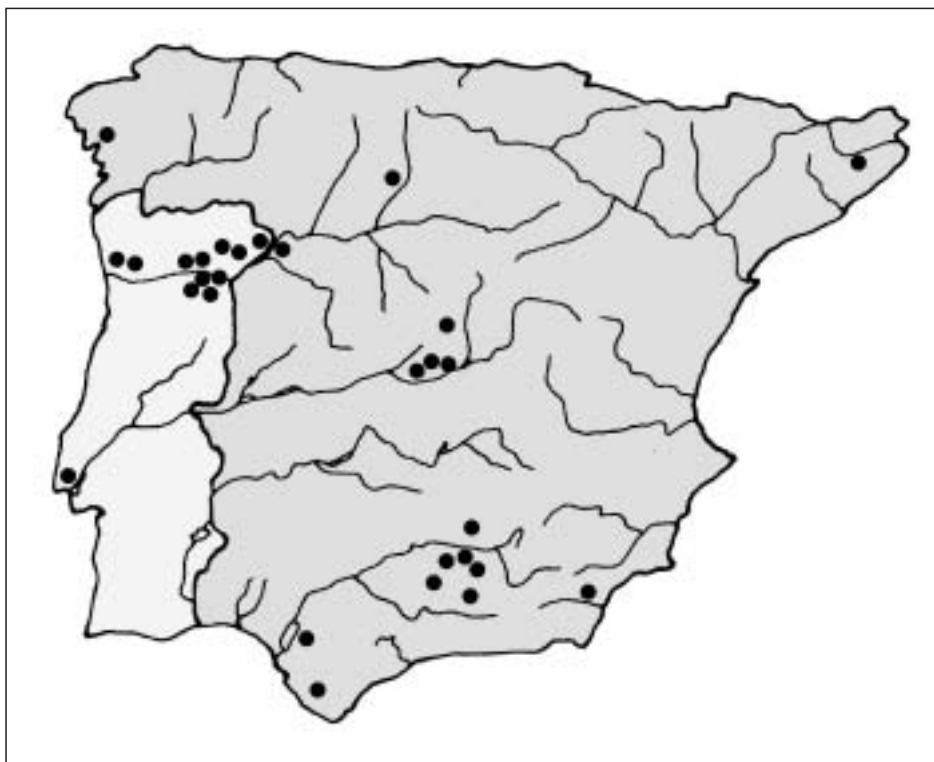


Figura 23. Mapa de las alabardas atlánticas de la Península Ibérica según Delibes et alii, 1999: 35

Ni marginales, ni cerrados, los habitantes calcolíticos y del Bronce del Baztán demostraban con la erección de estas espectaculares estatuas su capacidad económica y de cohesión social en torno a personajes que detentaban un poder respetado por propios y extraños. Ellos acuden a las referencias de la tradición para justificar su posición de predominio visualizando el poder simbólico de éstas en la mitología colectiva, que marcaba todos los espacios vividos por los grupos productores y metalúrgicos del sur de Europa (Bueno y Balbín, 2002).

## AGRADECIMIENTOS

Queremos agradecer expresamente al grupo Hilarriak (Balere Barrero, Iñaki Gaztelu, Alfonso Martínez, Goio Mercader, Manolo Tamayo e Inigo Txintxurreta) y a Luis Millán, el haber puesto a nuestra disposición el estudio de la estela de Soalar. Su generosidad y su interés por el conocimiento, nos han colocado ante una de las piezas más espectaculares del patrimonio estatuario megalítico de la Península Ibérica.

El permiso de actuación que solicitamos al Gobierno de Navarra fue gestionado por J. Sesma, a quien desde aquí queremos agradecer su diligencia, y apoyado por su Directora General, doña Camino Paredes Giraldo. Todas las autoridades de Patrimonio de Navarra han sido conscientes de la peren-

toria actuación de conservación que se resolvió de modo casi inmediato trasladando la pieza al Museo Oteiza en el municipio de Elizondo. Allí, tanto los responsables del Museo como los de la municipalidad del Baztán han sido muy receptivos a las actuaciones relacionadas con la investigación de la pieza.

El papel de Josu Cabodelvila e Itziar Zabalza ha sido fundamental en el desarrollo de los trabajos sobre el terreno. Su dedicación a los temas de la arqueología del Baztán ha sido fuente de nuestro conocimiento, y su cariño y amistad, un descubrimiento agradable que esperamos mantener.

Hemos tenido, además el apoyo de profesionales y amigos como J. I. Vegas, P. Arrese o F. Rodríguez y M. J. Ochandiano, facilitándonos información sobre materiales y referencias. F. Ondarra nos acompañó en nuestra primera vista a Gartzain y nos hizo partícipes de sus conocimientos sobre el Valle del Baztán.

J. J. Alcolea ha transcrito el calco de la estela y de algunas de las piezas que se incluyen en este texto.

Las diversas referencias a otras piezas antropomorfas se basan en los trabajos relacionados con sucesivos Proyectos de Investigación subvencionados por la CICYT, junto con un Proyecto Puente apoyado por la U. A. Concretamente, el reestudio de la estela de Hernán Pérez VI o de la de Serra Boulhosa, que constan en estas páginas.

Queremos agradecer a la Conservadora de Prehistoria del Museo Arqueológico Nacional, C. Cacho, y al Director del Museo Arqueológico de Belem, L. Raposo, las facilidades que nos han dado para el estudio de estas y otras piezas.

## BIBLIOGRAFÍA

- ACOSTA, P., 1968, *La pintura rupestre esquemática en España*. Salamanca, 250 páginas.
- ALMAGRO BASCH, M., 1966, "Las estelas decoradas del Suroeste", *Biblioteca Praehistórica Hispana*, vol. III, Madrid.
- 1972. "Los ídolos y la estela decorada de Hernán Pérez (Cáceres) y el ídolo estela de Tabuyo del Monte (León)", *Trabajos de Prehistoria*, 29, Madrid, pp. 83-112.
- ALTUNA, J. / ARMENDÁRIZ, A. / BARRIO DEL, L. / ETXEBERRIA, F. / MARIEZKURRENA, J. / PEÑALVER, X. / ZUMALABE, F., 1990, *Carta arqueológica de Guipuzcoa, 1, Megalitos*. Muni-be, Sup. 7.
- APELLANIZ, J. M., 1974, "El grupo de Los Husos durante la Prehistoria con cerámica en el País Vasco", *Estudios de Arqueología Alavesa*, VII.
- ARMENDÁIZ, A., 1996, "Una nueva cazoleta rupestre en el grupo de las Nequeas, en la Navarra Media", *Cuadernos de Arqueología de la Universidad de Navarra*, 4, pp. 75-83.
- BALBIN, R. de, 1989, "Arte megalítico y esquemático en el norte de la Península Ibérica", *Sautuola 100 años después*, Santander, Diputación Regional de Cantabria, pp. 237-247.
- BAPTISTA, A. M., 1985, "A estatua-menir feminina da Ermida (Ponte da Barca)", *Arqueología*, 5, Porto, pp. 67-69.
- BARANDIARAN, J. M., 1957, "Aspectos sociográficos de la población del Pirineo Vasco", *Eusko Jakintza*, VII, pp. 3-27.
- 1964, "Excavaciones en Solacueva de Lakozmonte (Subijana, Álava)", *Estudios de Arqueología Alavesa*, 3, pp. 117-129.
- 1979, *El Arte rupestre en Álava*. Obras completas, tomo VII, Vasconia Antigua. Tras las huellas del hombre, I. Bilbao, pp. 313-381.
- BARANDIARAN MAESTU, I. y VALLESPÍ, E., 1980, "Prehistoria de Navarra", *Trabajos de Arqueología Navarra/2*.

- BARCELÓ, J., 1988, "Introducción al razonamiento estadístico aplicado a la arqueología: un análisis de las estelas antropomorfas de la Península ibérica", *Trabajos de Prehistoria*, 45. CSIC, pp. 51-85.
- BEGUIRISTAIN GÚRPIDE, M. A., 1983: "Una laja con pintura esquemática inédita en el Museo de Navarra", *Zephyrus*, XXXVI, pp.149-
- y JUSUÉ SIMONENA, C., 1987, "Hallazgo de petroglifos en Navarra", XVIII *Congreso Nacional de Arqueología*, pp. 525-531.
- BLOT, J., 1980, "Les monolythes en Pais Basque de France", *Kobie*, 10 , pp. 397-420.
- 1989, "Une incineration sous tumulus au chalcolithique", *Kobie*, XVIII, pp. 99-104.
- BUENO RAMÍREZ, P., 1983, "Estatuas menhir y armas en el norte de la Península Ibérica", *Zephyrus* XXXVI, Salamanca, pp. 153-157.
- 1991, "Estatuas-menhir y estelas antropomorfas en la Península Ibérica. La situación cultural de los ejemplares salmantinos", *Del Paleolítico a la Historia*. Salamanca, pp.81-97
- 1992, "Les plaques décorées aléntejaines: approche de leur étude et analyse", *L'Anthropologie*, 96, París, pp. 573-604.
- 1995, "Megalitismo, estatuas y estelas en España. Statue-stele e massi incisi nell'Europa dell'età del Rame" *Notizie Archeologiche Bergomensi*, 3. Bergamo, pp. 77-130.
- y BALBÍN BERHMANN, R. de, 1992, "L' Art mégalithique dans la Péninsule Ibérique. Une vue d'ensemble", *L' Anthropologie*, 96, pp. 499-570.
- 1994, "Estatuas-menhir y estelas antropomorfas en megalitos ibéricos. Una hipótesis de interpretación del espacio funerario", *Homenaje al prof. Echegaray. Museo y Centro de Altamira. Monografías*, 17, Santander, pp. 337-347.
- 1995, "La graphie du serpent dans la culture mégalithique péninsulaire. Représentations de plein air et représentations dolméniques", *L'Anthropologie* 99 (2-3), pp. 357-381.
- 1996<sup>a</sup>, "El papel del antropomorfo en el arte megalítico ibérico", *Révue Archéologique de l'Ouest* 8, pp. 97-102.
- 1996<sup>b</sup>. "La decoración del dolmen de Alberite, in J. Ramos, F. Giles (Eds.), *El dolmen de Alberite (Villamartín). Aportaciones a las formas económicas y sociales de las comunidades neolíticas del Noroeste de Cádiz*, Villamartín, Cádiz, pp. 285-313.
- 1997<sup>a</sup>, "Ambiente funerario en la sociedad megalítica ibérica: arte megalítico peninsular, in A. Rodríguez Casal (Ed), *O Neolítico atlántico e as orixes do megalitismo*. Santiago de Compostela, pp. 693-718.
- 1997<sup>b</sup>, "Arte megalítico en sepulcros de falsa cúpula. A propósito del monumento de Granja de Toniñuelo (Badajoz)", III Congreso Internacional de Arte megalítico, *Brigantium* 10, pp. 91-121.
- 1997<sup>c</sup>, "Arte megalítico en el Suroeste de la Península. ¿Grupos en el arte megalítico ibérico?", *Sagutum* 30, Homenaje a Mila Gil Mascarell, Valencia, pp. 153-161.
- 1998, "The origin of the megalithic decorative system :graphics versus architecture", *Journal of Iberian Archaeology*, vol.O, pp. 53-68.
- 2000<sup>a</sup>, "Art mégalithique et art en plein air. Approches de la définition du territoire pour les groupes producteurs de la péninsule ibérique", *L'Anthropologie* 104, pp. 427-458.
- 2000<sup>b</sup>, "La grafía megalítica como factor para la definición del territorio", *Arkeos*, 10, pp. 129-178.
- 2000<sup>c</sup>, "Tecniques, extensió geogràfica i cronologia de l'art megalític ibèric", El cas de Catalunya. *Cota Zero* 16, pp.47-64.
- 2000<sup>d</sup>, "Arte megalítico versus megalitismo: origen del sistema decorativo megalítico, *Trabalhos de Arqueologia*, 16, pp. 283-302.
- 2001, "Lo sagrado y lo profano: notas para la interpretación de las grafías prehistóricas peninsulares, *Révue Archéologique de l'Ouest*, suppl. 9, pp.141-148
- 2002, "L'Art mégalithique péninsulaire et l'art mégalithique de la façade atlantique: un modèle de capillarité appliqué à l'art post-paléolithique européen", *L'Anthropologie* 106. París, pp. 603-646.
- 2003, "Una geografía cultural del arte megalítico ibérico: las supuestas áreas marginales, in: Balbín, R. de, Bueno, P. (Eds.), *Primer Symposium internacional de Arte Prehistórico de Ribadesella. El arte prehistórico desde los inicios del siglo XXI*, Ribadesella, pp. 291-313.
- e.p., "Arte megalítico en la Península Ibérica: contextos materiales y simbólicos para el Arte esquemático, *I Congreso Internacional de Arte Esquemático*, Los Vélez, 2004.



- BALBÍN, R.-BARROSO, R., 2000, “Valle de las Higueras (Huecas. Toledo. España). Una necrópolis Ciempozuelos con cuevas artificiales en el interior de la Península”, *Estudios Prehistóricos*, VIII, pp. 49-80.
- e.p., “Hierarchisation et métallurgie: les statues-armées à la Péninsule Ibérique”, *L'Anthropologie*, Paris.
- BALBÍN, R.-BARROSO, R., ALDECOA, A., CASADO, A., GILES, F., GUTIÉRREZ, J. M., CARRERA, F., 1999. “Estudios de arte megalítico en la necrópolis de Alberite”, *Papeles de Historia*, Ubrique, 4, pp. 35-60.
- BALBÍN, R. de-GONZÁLEZ CORDERO, A. 2001, “El arte megalítico como evidencia de culto a los antepasados. A propósito del dolmen de la Coraja (Cáceres)”, *Quaderns de Prehistoria i Arqueologia de Castelló*, 22, pp. 47-71.
- BALBÍN, R. de-DÍAZ ANDREU, M.-ALDECOA, A., 1998, “Espacio habitacional / espacio gráfico. Grabados al aire libre en el término de la Hinojosa (Cuenca)”, *Trabajos de Prehistoria* 55 (1), pp.101-120.
- BARROSO, R. de-BALBÍN, R., 2003, “Prehistoria reciente en la cuenca interior del Tajo: los yacimientos neolíticos y calcolíticos de Huecas (Toledo). Investigaciones arqueológicas en Castilla-La Mancha”, (1996-2002), Toledo, pp, 13-23.
- BARROSO, R. de-BALBÍN, R. de, CAMPO, M., ETXEBERRIA, F., GONZÁLEZ, A., HERRASTI, L., JUAN, J., LÓPEZ, P., LÓPEZ, J. A., SÁNCHEZ, B., 2002, “Áreas habitacionales y funerarias en el Neolítico de la cuenca interior del Tajo: la provincia de Toledo”, *Trabajos de Prehistoria*, 59-2, Madrid, pp. 65-79.
- FÁBREGAS, R., BARCIELA, P., 2003, Placas, estatuas. Ídolos. Representaciones antropomorfas megalíticas en Galicia. A Carballeira (Pontevedra), *Brigantium* 14, pp. 47-61.
- FERNÁNDEZ MIRANDA, M., 1981, “El Peñatú de Vidiago (Llanes, Asturias)”, *Altamira Symposium*, Madrid, pp. 441-458.
- PIÑÓN, F., 1985, “La estela de Monte Blanco Olivenza (Badajoz). Estudios de Arqueología Extremeña”, Homenaje a Jesús Cánovas, pp. 37-44.
- PIÑÓN, F., PRADOS, L., 1985, “Excavaciones arqueológicas en el Collado de Sejos. Valle Polaciones. Santander”, *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 22, Madrid, pp. 25-53.
- CELESTINO, S., 2000, *Estelas de guerrero y estelas diademadas. La Precolonización y formación del mundo tartésico*. Bellaterra Arqueología.
- CHENORKIAN, R., 1988, *Les armes métalliques dans l'art protohistorique de l'Occident Méditerranéen*, CNRS.
- D'ANNA, A., 1977, *Les statues-menhirs et stèles anthropomorphes du midi méditerranéen*, CNRS. París.
- DELIBES, G., FERNÁNDEZ, J., FONTANEDA, E., ROVIRA, S., 1999. *Metalurgia de la Edad del Bronce en el piedemonte meridional de la Cordillera Cantábrica*, Arqueología en Castilla y León 3. Junta de Castilla y León.
- DÍAZ CASADO, Y., 1993, *El Arte rupestre Esquemático en Cantabria*, Universidad de Cantabria.
- DURÁN I SEMPÈRE, A., 1970, L'estela del Museu de Cervera. Segarra
- FERNÁNDEZ ERASO, J., 2000, Las Yurdinas II, *Arqueoikuska*, pp. 52-56.
- 2003, Las Yurdinas II, Un depósito funerario entre finales del IV y comienzos del III milenio BC, *Memorias de yacimientos alaveses*, 8.
- FRAILE, R. y MONTEAGUDO, F., 2004, *Monolitos. Los pilares de la Historia*. Salvat.
- GOMES, M. V., MONTEIRO, J. P., 1977, “As estelas decoradas da Herdade de Pomar (Ervidel-Beja) - estudio comparado”, *Setubal* II-III, pp. 281-343.
- GÓMEZ BARRERA, J. I., 1992, *Grabados rupestres postpaleolíticos del Alto Duero*. Soria, 408 p.
- , ORTEGA, A., MARTÍN, M. A., GARCÍA, M., VAL, J. del, 2002, “Arte rupestre na gruta de Ojo Guareña (Burgos.Espanha). A “Sala de la Fuente” e as suas manifestações”, *Arkeos*, 12, Tomar, pp. 107-123.
- GONÇALVES, V.-BALBÍN, R. DE-BUENO, P., 1997, “A estela-menir de Monte da Ribeira (Reguengos de Monsaraz, Alentejo.Portugal)”, *Brigantium*, 10, pp. 235-254.
- GORROCHATÉGUIL, J.-YARRITU, M. J., 1980, “Catálogo de talleres y manifestaciones funerarias (dólmenes, túmulo, cromlechs y menhires ) del Bronce y Hierro en el Este de Santander”, *Kobie*, 10, pp. 449-495.
- JORGE, V. y O., 1993, “Statues-menhirs et stèles au nord du Portugal. Les Représentations anthropomorphes du Néolithique à l'âge du Fer”, 115, *Congrés Nat. des Soc.Savantes*. Avignon, pp. 29-43.

- LEITE DE VASCONCELLOS, J., 1910, "Esculturas prehistóricas do Museo Etnológico Português, *O arqueólogo português*", G xv, pp. 31-38.
- LLANOS, A., 1963, "Las pinturas rupestres esquemáticas de la provincia de Álava", *Estudios del Grupo Espeleológico Alavés*, t. 1, pp. 109-119.
- 1966, "Resumen tipológico del arte esquemático en el país vasco-navarro", *Estudios de Arqueología Alavesa*, 1, pp. 149-198.
- 1977, "Avance a un planteamiento sobre el arte rupestre esquemático-abstracto en el Norte de España", XIV *Congreso Nacional de Arqueología*, pp. 645-648.
- MALUQUER DE MOTES, J., 1954, *El yacimiento hallstático de Cortes de Navarra. Estudio crítico*, 1, Diputación Foral de Navarra, Institución Príncipe de Viana.
- MELLER, H., 2004, "Cielo ancestral", *National Geographic*, 14. 2, pp. 75-8.
- MONTERO, I., RODRÍGUEZ, M. J., 1997, "Asociaciones naturales de cobre y níquel en el Alto Valle del Ebro", en R. de Balbín y P. Bueno (eds), *II Congreso de Arqueología Peninsular*, t. II, *Neolítico, Calcolítico y Bronce*, pp. 517-526.
- MONREAL JIMENO, A., 1977, Carta del señorío de Learza (Navarra), Institución Príncipe de Viana.
- NUIN, J., 1989, "El arte esquemático en Val de Etxauri (Navarra). Nuevas aportaciones y valoración general". *Zephyrus*, XLI-XLII, pp. 241-255.
- OCTOBON, E., 1931, "Enquête sur les figurations néo-énéolithiques. Statues-menhirs, stèles gravées, dalles sculptées. *Revue Anthropologique*, vol. XLI, n° 10-12, París, pp. 297-571.
- ONDARRA, F., 1976, "Nuevos monumentos megalíticos en el Baztán y zonas colindantes, *Príncipe de Viana*, 144 y 145.
- PEÑA, A. de la-REY, J.M. 2001, *Petroglifos gallegos*, Vía Láctea.
- PEÑALVER, X., 1983, Estudio de los menhires de Euskal Herria" *Munibe*, 35, pp. 355-450.
- 2004, *Mairubaratzak pirineoetako harrespilak*. Munibe
- RUIZ, J., DÍEZ, A., LÓPEZ, J. C., 1995, Menhires/monolitos: estructuras monolíticas en el sector central de la cornisa cantábrica, XXII *Congreso Nacional de Arqueología*, Vigo, 1993, pp. 55-62.
- SAINZ DE BURUAGA, A., URBINA, J., URIGOITIA, T., 1992, Pinturas al aire libre en el abrigo de Las Yurdinas (Álava). *Veleia*, 8-9, pp. 99-107
- SANTESTEBAN, I., 1968, "Primeros vestigios de pinturas rupestres en Navarra", *Príncipe de Viana*, 110-111, pp. 327-338.
- SANTONJA, M. et SANTONJA, M. 1978. "La estatua-menhir de Valdefuentes de Sangusín", *Boletín de la Asociación de Amigos de la Arqueología*, 10. Madrid, pp. 19-24.
- SESMA, (1995), "Diversidad y complejidad: poblamiento de Navarra en la Edad del Bronce", *Cuadernos de Arqueología de la Universidad de Navarra*, 3, pp. 147-184
- TEIRA, L.-ONTAÑÓN, R., 1997, "Nuevas manifestaciones de arte Esquemático en la comarca de Monte Hijedo (Burgos. Cantabria), en R. de Balbín, P. Bueno eds., *II Congreso de Arqueología Peninsular*, t. II, *Neolítico, Calcolítico y Bronce*, pp. 569-278, Zamora
- VALIENTE, J., PRADO, S., 1978, "Estelas decoradas de Aldea del Rey (Ciudad Real)", *Archivo Español de Arqueología*, 50-51, pp. 375-388.
- VEGAS ARAMBURU, J. I., 1988, "Revisión del fenómeno de los cromlechs del País Vasco", *Estudios de Arqueología Alavesa*, t. 16.
- 1990, "El Arte rupestre postpaleolítico en el País Vasco", *Munibe*, 42, pp. 189-197.
- VILLES, A., 1997, "Les figurations dans les sépultures collectives néolithiques de la Marne, dans le contexte du Bassin parisien", *Brigantium*, 10, pp. 149-177.

## RESUMEN

Se pretende el análisis detallado de las grafías de la estela de Soalar, de su contexto arqueológico y de las relaciones que presenta con otras representaciones antropomorfas peninsulares. Las deducciones de dicho análisis permiten valorar de un modo más dinámico el megalitismo y la metalurgia en los valles pirenaicos que, como el Baztán, gozan de un control evidente sobre los pasos entre la Meseta y el Ebro y entre la Meseta y el camino hacia Francia y el Norte de Europa.

Palabras clave: Megalitismo, metalurgia, representaciones antropomorfas

## ABSTRACT

In this paper we try the detailed analysis of the graphics of the stele of Soalar, its archaeological context and the relations with other anthropomorphic representations of Iberian Peninsula. The deductions of this analysis allow to value of a more dynamic way the megalithism and the metallurgy in the Pyrenean valleys, like Baztán, enjoy of clear control on the passages between the Meseta and the Ebro valley, and the Meseta and the way towards France and the North of Europe

Key words: megalithism, metallurgy, anthropomorphic representations